

este período, recibí ayudas de la Facultad de Ciencias Sociales para poder escribir mi disertación, y luego para traducirla y presentarla como libro. El Fondo de Apoyo a Profesores Asistentes ha sido fundamental también. Debo agradecer también a Lourdes Fernández y el apoyo de Tiziana Laudato por su esmerado y profesional trabajo de traducción. En otras universidades, Eduardo Restrepo, Víctor Manuel Rodríguez, Fernando Escobar, Marta Cabrera y Juliana Florez-Florez resultaron fundamentales para construir diálogos y conversaciones que fueron decisivas en el libro.

Muchos fueron los funcionarios de distintas organizaciones que sacaron su tiempo para compartir conmigo sus impresiones. Me reservo la identidad de ellos, pues en muchos casos ésa fue la solicitud que hicieron para poder llevar a cabo estas entrevistas. Funcionarios del Acnur y de Naciones Unidas en Ginebra y en Bogotá, del Comité Internacional de la Cruz Roja y Médicos sin Fronteras en Ginebra, del Brookings Institution y de Brigadas de Paz en Washington, de la Congregación para la Reconciliación, Opción Legal y Corpourabá en sus oficinas en el municipio Apartadó, de exfuncionarios de los proyectos holandeses analizados con los cuales me entrevisté en Medellín y en Quibdó, entre otros, dieron información y sugerencias claves para el libro. En Apartadó, las directivas del periódico *El Heraldó* me permitieron realizar un trabajo de archivo de especial importancia para este libro. He tenido la fortuna de tener durante todo este tiempo a excelentes asistentes de investigación entre los cuales están Ricardo Velasco, Leidy Paola Bolaño, María Alejandra Mariño, Andrea Cely, Alejandro Ponce de León y José Arquímedes. Tanto éstos como otros estudiantes de la maestría en Estudios Culturales se han convertido en referentes fundamentales para la creación de espacios colectivos de discusión y debate.

Agradezco a la CPSJA por haberme recibido en sus avatares y apremios y por compartir conmigo su misma cotidianidad. Este libro busca ser mi respuesta a la hospitalidad que he recibido por largos años de diálogos y experiencias compartidas. Al padre Giraldo y Gloria Cuartas por permitirme entrar en reflexiones sobre las historias colectivas que son objetos del libro. A lo largo de los años, Juan Carlos Orrantía ha sido uno de los grandes acompañantes intelectuales y afectivos de este proceso. A mi familia por convertirse en interlocutores de tantos años de dudas e incertidumbres. Y finalmente a Catalina y Matilda por toda nuestra íntima complicidad!

Introducción

POR FIN LLEGAMOS. En febrero de 2008, después de casi dos días de largas caminatas de doce horas junto con casi cien personas de organizaciones nacionales e internacionales por los empinados y embarrados senderos de la cadena montañosa de la Serranía de Abibe, en la esquina noroccidental de Colombia, por fin lo conseguimos. Desempacamos y montamos nuestras tiendas en una zona despejada próxima a la pequeña e improvisada capilla levantada en el lugar donde el 21 de febrero de 2005 se encontró el cadáver de uno de los líderes de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó (en adelante CPSJA), que había sido brutalmente asesinado junto con sus dos hijos. Los cadáveres fueron encontrados por una comisión de esta organización creada para su búsqueda en aquellos difíciles días. Cuando la comisión llegó a recuperar los cuerpos se encontró en el lugar con soldados de la 17.^a Brigada militar. Encontraron también machetes manchados de sangre que podrían haber sido utilizados para perpetrar tan aborrecible masacre que ha "viajado" por todo el mundo a través de las redes de solidaridad y activismo de los derechos humanos.

Tres años después de la masacre llegamos al lugar exacto donde se había producido. La pequeña capilla estaba cubierta con fotografías de Luis Eduardo, en las que aparecía en muchas de las reuniones internacionales a las que había asistido. Al lado de las imágenes se encontraban las banderas de la ONG italiana Pace que ya había visto en muchas fotografías del movimiento antiglobalización en Europa y Estados Unidos; justo en el centro de la estancia, un pequeño altar, unas velas y una cruz católica eran todo cuanto aquella contenía. Poco después de instalarnos todo el grupo se reunió en torno al altar. Muchos de los "acompañantes"¹ procedían de ciudades italianas y españolas que habían

1 *Acompañantes*: a lo largo del libro utilizo este término para hacer referencia a todas las personas no pertenecientes a las comunidades a las que hago alusión y que han participado en muy diversos tipos de actividades con estos colectivos: acompañando a los líderes en sus viajes a pueblos, ciudades y oficinas de organismos internacionales dentro y fuera del país, o como testigos de sus propios conflictos, amenazas y dificultades, o en otros tipos de actividades de carácter político.

facilitado fondos a la CPSJA y habían dado a conocer en sus respectivos países la desesperada situación de la Comunidad. Otras personas pertenecían a ONG establecidas en la región de forma permanente, como Peace Brigades International (PBI) y Fellowship of Reconciliation (FOR). Había además un grupo de personas que formaba parte de la organización Chefs without Borders y otros acompañantes alemanes que actualmente viven en Portugal y dijeron estar dando los primeros pasos de un proyecto comunitario autónomo y autosostenible. Tras sentarnos alrededor del altar, el padre Giraldo, figura fundamental en el movimiento de los derechos humanos en Colombia y protagonista en muchos sentidos de la historia que comienzo a narrar, explicó los hechos que desembocaron en la masacre.

Durante la breve ceremonia escuchamos la historia de la CPSJA y conocimos las persecuciones y amenazas a las que la Comunidad se ha visto sometida por parte de todos los actores armados presentes en la región, desde las guerrillas a las fuerzas armadas, pasando por los paramilitares. El padre Giraldo recordó que el mismo día en que fue asesinado, según algunos supervivientes, Luis Eduardo percibió que toda la zona estaba ocupada por hombres fuertemente armados y que el ambiente se notaba "tenso". Antes de que un grupo armado le ordenara detenerse junto con los campesinos con los que caminaba, pudo decir a uno de ellos que corriera a informar al resto de familias de la presencia del grupo armado en la zona. El grupo pudo escapar hasta una aldea cercana a la que algunas horas más tarde llegaron los mismos hombres armados. Ésa fue la última vez que el resto de campesinos vio a Luis Eduardo y a sus hijos. Y allí estaba, tres años después, en el centro del altar y cerca de las velas, su fotografía acompañada de la imagen de su hijo de cinco años (foto 1 y 2). En una entrevista concedida unos días antes de su asesinato se refería en estos términos al peligro inminente al que se enfrentaban: "Hoy estamos hablando, mañana podemos estar muertos". Durante la ceremonia se produjo un profundo silencio sólo interrumpido por algunos cantos religiosos de los años setenta aportados por el sacerdote, que hablaban de cómo su propia lucha podría identificarse con el sufrimiento de Jesús. Había visitado la CPSJA en diversas ocasiones en los últimos años, pero no me había adentrado tanto en la Serranía para visitar el lugar y participar del duelo por la muerte del famoso líder. Sin embargo, el objetivo de la expedición no era sólo recordar la masacre, sino también acompañar a algunas familias que volvían a sus casas abandonadas. Hacía aproximadamente diez años que habían tenido que escapar de los combates hacia las llanuras más bajas para establecerse en la pequeña aldea de San José de Apartadó. Con su regreso, preparado casi seis meses antes por la CPSJA, diez familias proclamaban que no iban a sumarse a

En Colombia, los términos *compañero* y *compañerismo* evocan y presuponen la presencia en las conversaciones de interlocutores de izquierdas.

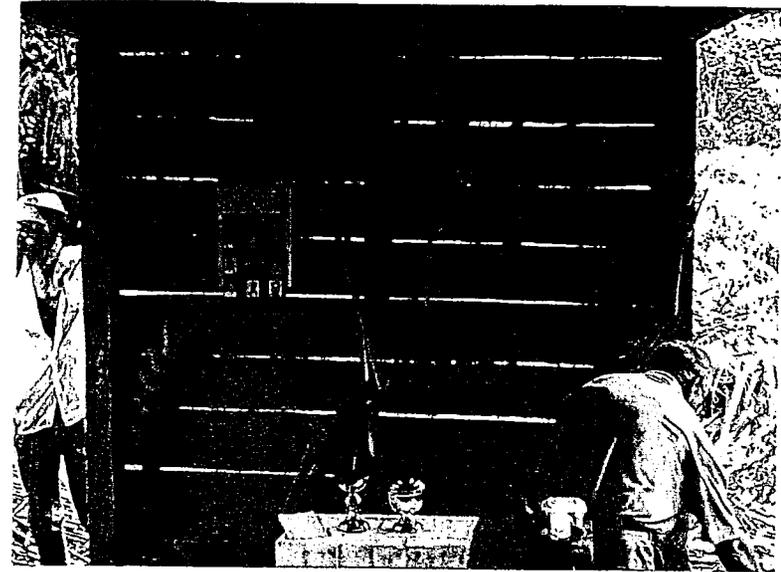


Foto 1. Altar en Mulatos. Conmemoración de la masacre de Mulatos, Vereda Mulatos. Foto: Juan Ricardo Aparicio.



Foto 2. Fotografías de Luis Eduardo Guerra y su familia. Conmemoración de la masacre de Mulatos, Vereda Mulatos. Foto: Juan Ricardo Aparicio.

los casi dos millones y medio de desplazados internos que desde 1985 se habían visto obligados a huir a ciudades más grandes de Colombia.

Regresaban para ocupar las casas reconstruidas y para recolectar las cosechas cultivadas por grupos de campesinos encargados de asegurar las provisiones de alimentos para estas familias desde unos meses antes de su retorno. Este mismo lugar de devastación y muerte volvía a ser habitable y el altar que recordaba a los muertos parecía ser el eje central desde el que se reiniciaban nuevos proyectos de vida, interrumpidos por la violencia. Sin embargo, mientras hablábamos con algunos de los campesinos locales en las sesiones informativas que se celebraron después de la ceremonia, argumentaban que volvieron a verse en la zona grupos extraños de personas y se produjeron nuevas amenazas. A pesar de las malas noticias, recurrentes en estas áreas, las familias y toda la expedición organizada cerca de seis meses antes "rehabilitaba el espacio de devastación" (Das 2007a: 217). De esa forma tomaban la decisión contraria a la de la mayoría de los desplazados internos colombianos en los últimos años, quienes habían partido de forma individual o colectiva hacia núcleos urbanos más importantes. Una vez allí, permanecían de forma temporal en estadios o en campos de fútbol mientras esperaban la ayuda del Gobierno, o se escondían en el anonimato en las afueras de las grandes ciudades de Colombia. Casualmente, mientras la primera legislación oficial sobre los desplazados internos en Colombia (ley 387 de 1997) regulaba los pasos necesarios que esta población debía seguir tras verse desplazada a la fuerza, el 23 de marzo del mismo año nació la CPSJA como alternativa para permitir que los campesinos desplazados organizados permanecieran en su territorio, desafiando a los "paraestados" que intentan obligarlos a abandonar su territorio con el fin de hacerse con el control de éste. Hablamos, por tanto, de dos acontecimientos interrelacionados: la ley 387 de 1997 y el nacimiento de la CPSJA.

Esta experiencia concreta y otras muchas que he vivido trabajando estrechamente con la CPSJA, unidas al vasto fenómeno de los desplazados internos en Colombia en los últimos años, inspiraron el trabajo intelectual que se materializa en este libro. En pocas palabras, el objetivo central de este libro con respecto a la aprobación de la ley 387 de 1997 y el nacimiento de la CPSJA el 23 de marzo de 1997 consiste en conocer cuáles fueron las condiciones que dieron lugar a estos dos acontecimientos diferentes aunque interrelacionados. Mis numerosas y diversas averiguaciones pueden agruparse en torno a una "historia del presente", siguiendo la descripción clásica que hace Foucault (1977) de su programa de investigación. Éste es precisamente el objetivo central del libro: reflexionar en el contexto de una coyuntura específica y entender las múltiples y complejas condiciones que hicieron posibles estos dos acontecimientos; por una parte, una ley nacional para los desplazados internos y, por otra, el nacimiento de la CPSJA durante esos años. Lo que trato de analizar es lo que yo denomino *vectores*, procedentes de diversas trayectorias, que conforman y finalmente dan

lugar a estos acontecimientos tal y como se produjeron. En términos generales, tanto la aprobación de la ley como la creación de la CPSJA deben ser consideradas como dos nudos dentro de unos "planos de consistencia" amplios y diferentes, formados por varios conceptos y sus diversas actualizaciones a través del espacio y del tiempo (Deleuze y Guattari 1993). Mientras el primer nudo existe dentro de un plano más amplio de unas actualizaciones determinadas, como las de los derechos humanos, el humanitarismo y el derecho de los refugiados, el segundo existe dentro de otras actualizaciones diferentes, como son la tradición de organizaciones campesinas en Colombia, la influencia de estrategias religiosas radicales y su articulación con amplias redes de solidaridad y activismo, entre otras. De forma muy abstracta puede decirse que estos vectores están formados simultáneamente por declaraciones, conversaciones, articulaciones y visibilidades emergentes, son de tipo discursivo y no discursivo, y siempre materiales aunque incorpóreos y difusos (Foucault 1998a, Deleuze 1988).

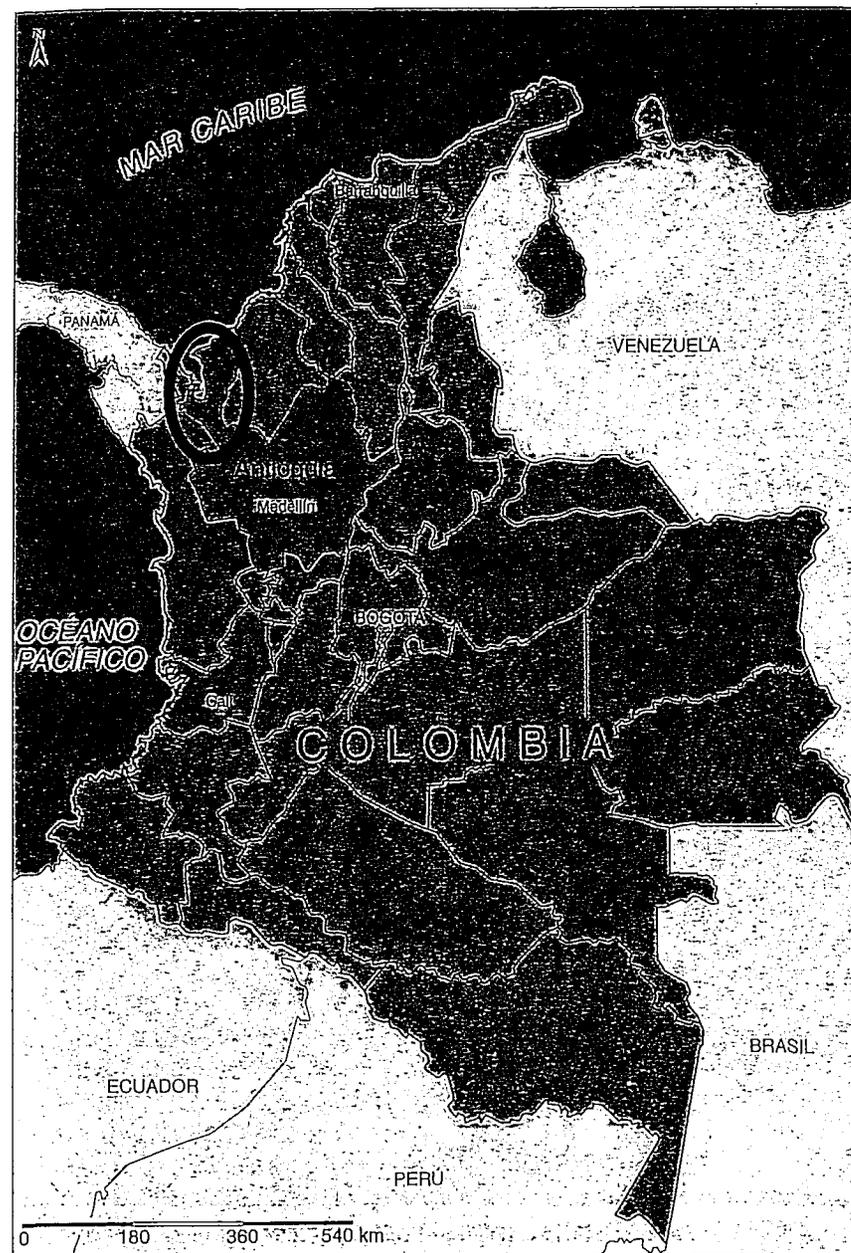
En líneas muy generales, podríamos decir que ambos acontecimientos fueron posibles debido a la "violencia" y a las diferentes respuestas de los diversos "colectivos" a este conflicto. Un nuevo problema (el de los desplazados internos), que no estaba contemplado en el derecho internacional antes de la década de 1990, comenzó a surgir debido a la convergencia de actores y conflictos característicos del período posterior a la Guerra Fría. Por su parte, la CPSJA nació como respuesta a la actualización de otros vectores responsables de convertir la región de la Serranía, y por extensión la de Urabá, en una de las áreas más violentas del país según las cifras publicadas desde mediados de los años sesenta (García 1996, Suárez 2007, Ortiz, 2007, Madariaga 2006, Botero 1990, Ramírez 1997, Comisión Andina de Juristas 1994, Romero 2004, Uribe 1992). Diversos capitales legales e ilegales y sus correspondientes lealtades políticas con los poderosos ejércitos presentes en la región han sido responsables de uno de los capítulos más sangrientos de la historia de la violencia en Colombia. No es por casualidad que "la mejor esquina de América", como la han denominado aquellos que han intentado beneficiarse de su situación geoestratégica, se haya convertido en una pesadilla para sus habitantes². Otros vectores que configuran ambos nudos proceden de las redes internacionales de solidaridad, derechos humanos y humanitarismo y su preocupación por el "extraño que sufre" (Bornstein y Redfield, 2008). Existe un grupo adicional de vectores formado por los colonos campesinos que han luchado por su autonomía y sus propios proyectos de vida desde principios del siglo xx, desafiando a los terratenientes, los ejércitos, las agencias gubernamentales y

2 Algunos artículos del periódico local que contienen esta referencia explícita: "Urabá—la mejor esquina de América". *Heraldo de Urabá por una Urabá líder 30 años 1967-1997*. Agosto 15-septiembre 15 de 1997. "Cuando la paz es anormal". *El Heraldo de Urabá. El Periódico de la Región*. Segunda quincena de abril de 1999 (edición n.º 221).

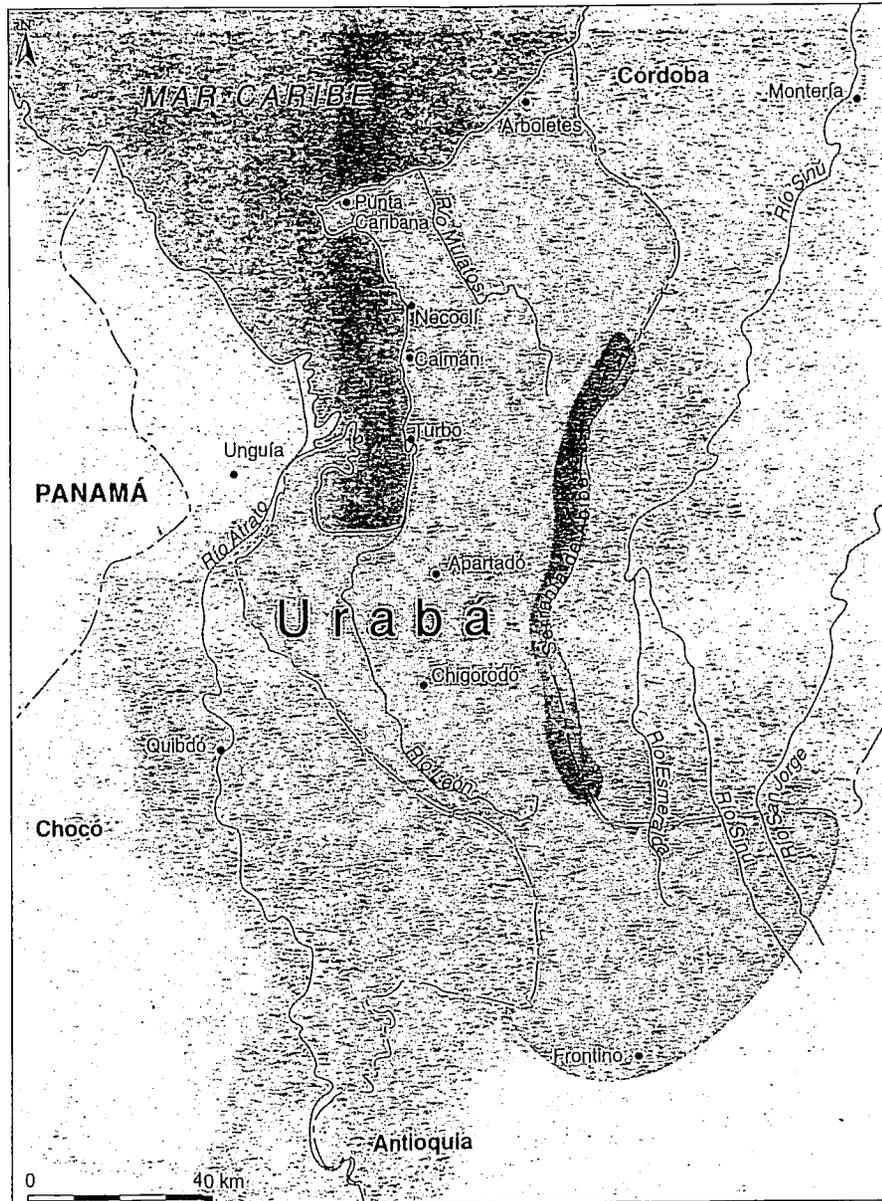
los narcotraficantes, entre otros muchos (Guzmán, Fals Borda y Umaña 2005, 2005a, Fals Borda 1986, LeGrand 1993, Sánchez y Meertens 1998, Sánchez 1976, 1977, Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación 2010).

Las condiciones físicas y geológicas de "la mejor esquina de Sudamérica" (véanse los mapas 1 y 2) también han atraído la atención de diversos actores. Como explico en el capítulo 2, estas condiciones, que impiden la llegada de huracanes, la amplia meseta de la región central adecuada para grandes plantaciones, los numerosos ríos que fluyen por la Serranía de Abibe, así como su situación justo al lado del Golfo de Urabá, fueron vectores decisivos para la introducción de la industria de exportación de banano a gran escala a partir de la segunda mitad del siglo xx. Sin duda, éstos fueron los mismos vectores que empujaron a los colonos campesinos de la década de 1960 a desplazarse hacia los límites de la amplia meseta, justo donde comienza a elevarse la Serranía. Una vez allí, como indicó un exfuncionario que trabajaba con los proyectos de desarrollo holandeses que menciono en el capítulo 4, reprodujeron una agricultura de montaña típica de sus regiones de origen, de las que fueron expulsados por la violencia política del período conocido como la Violencia (comunicación personal, febrero de 2008). Hoy en día, a efectos administrativos y medioambientales, la región concreta en la que se sitúa la CPSJA corresponde a la subregión central de Urabá, que se extiende por los departamentos de Antioquia, Córdoba y Chocó. Según la Corporación para el Desarrollo Sostenible del Urabá (Corpourabá), esta subregión se caracteriza por una fisiografía de vegetación tropical. El 11% de su extensión se destina a la agricultura comercial para la exportación, el 18% corresponde a humedales y suelos inundables, el 36% se destina a la ganadería y el 36% restante corresponde al bosque tropical de la Serranía de Abibe. Cuenta con cinco importantes centros urbanos: Apartadó, Mutatá, Chigorodó, Turbo y Carepa (véase el mapa 2). Actualmente, la población total de esta región central asciende a 370.311 habitantes, distribuidos entre zonas urbanas (247.701) y rurales (122.610), y destacan los niveles de pobreza y miseria en los que se encuentra el 89,1% de la población total.

Los microbios, los huracanes, las plagas, los ríos, las plantaciones de cacao, las mariposas, el maíz y otros muchos actores no humanos tienen un papel principal en esta historia y han atraído los intereses y frustrado los deseos de gran número de actores. La difícil y compleja articulación entre estos vectores (humanos y no humanos) y otros que describo a lo largo del libro constituyen la estrategia argumentativa de éste. Analizo las condiciones que hicieron posible que este territorio fuera objeto de disputa por capitales legales e ilegales manchados en los últimos años por la violencia de las masacres, los desplazamientos y las amenazas, así como nuestra expedición, el altar, las "camisetas blancas", los cantos salvadoreños, el derecho, los certificados de los desplazados internos, su decisión de volver a la misma aldea que tuvieron que abandonar y el nacimiento



Mapa 1. Colombia y la región de Urabá, Apartadó.



Mapa 2. El Urabá antioqueño. Principales centros urbanos, ríos y la Serranía de Abibe. Fuente: Steiner, 2000: 127.

de la CPSJA a mediados de la década de 1990. Mi trabajo trata sobre la forma en que estos complejos ensamblajes fueron posibles justo en ese lugar y en ese preciso momento.

Análisis de coyunturas y seguimiento de vectores

Teniendo en cuenta lo anterior, describo y analizo, de forma simultánea, la confluencia entre las prácticas, las técnicas y los regímenes y aparatos humanitarios y de derechos humanos empleados a través de un espacio-problema de organizaciones internacionales, nacionales, regionales y populares, y de las experiencias de tragedia y sufrimiento humanos. Así, el estudio de esta confluencia entre ambos eventos (CPSJA y ley 387 de 1997) podría considerarse como un intento de analizar la forma en que el Estado (o los Estados) opera en estas zonas y experiencias "marginales", y mediante qué (diversidad de) trayectorias, discursos, prácticas, deseos, racionalidades, visibilidades e invisibilidades (Das y Poole 2004). Con esto me refiero más a un *proceso* que a un régimen, aparato o entidad específica. Según Trouillot, la "materialidad [del Estado] residirá mucho menos en las instituciones que en la reorganización de los procesos y relaciones de poder con el fin de crear nuevos espacios para el despliegue de poder" (Trouillot 2001: 127). En este caso, el poder debe entenderse como la capacidad de codificar, axiomatizar, normalizar y regular tanto la materia como la velocidad a lo largo del espacio-problema creado en torno a los desplazados internos. Por tanto, la "firma del Estado" se materializa no sólo en los jeeps, las camisetas y las banderas blancas, las tarjetas de identificación, los informes y las estadísticas, sino también en lo que se dice y se enuncia, en la elaboración de un discurso basado, por ejemplo, en el lenguaje de los derechos y que se utiliza en nombre de los desplazados internos, así como en los deseos y construcciones locales del Estado (Das 2004, Gupta y Fergusson 1996, Nelson 2004, Taussig 1992a). En esta visión en la que no existe un núcleo o centro, lo que no quiere decir que no cuestione sistemáticamente las relaciones de poder, la tarea es analizar su funcionamiento: a través de qué canales, lugares, discursos y conexiones, cuáles son sus funciones y efectos finales y, concretamente, cómo crea nuevos espacios para el despliegue de poder (Foucault 2000, 2000a, 2000b, 2000c, Trouillot 2001, Arextaga 2000, Abrams 1988, Mitchell 2002, Sharma y Gupta 2006, Vincent 2002, Das y Poole 2004, Nugent y Vincent 2007, Hansen y Stepputat 2001).

En opinión de Das (2007: 183), precisamente debido a que la "firma del Estado" indica un proyecto siempre inacabado, "es mejor observarlo en sus márgenes, aunque estos márgenes no son simples lugares periféricos, ya que se introducen en la organización política de la misma forma en que los ríos atraviesan un territorio". El potencial de este argumento es precisamente que permite seguir estas

prácticas estatales tanto en su conjunto y capilaridad como en su éxito para conseguir que un problema sea gobernable o no³. Según Soguk (1999: 45), que analiza las prácticas de construcción del Estado que subyacen tras las operaciones con los refugiados, "el Estado será en este caso precisamente el efecto convergente del discurso y del resultado provisional transformado por medio de complejos conjuntos de prácticas a lo largo del tiempo y del lugar". Es aquí donde todos esos jeeps blancos, banderas blancas, tarjetas de identificación y depósitos de agua purificada, así como los bloqueos de carreteras o de ríos por los militares y paramilitares, entre otros cristales o *sustancias estatales* similares, alcanzan una enorme relevancia para este análisis. En estas materialidades periféricas el Estado se repite, actúa, se desea, se interrumpe y se actualiza, dando como resultado la propia construcción, imaginación y mantenimiento de la idea del Estado con "E" mayúscula (Abrams 1988, Coronil 1997, Comaroff y Comaroff 2004, Gupta 1995, Jaguaribe 2001, Lomnitz 2001, Nelson, 1997, Taussig 1992a, Torpey 2000, Soguk 1999).

Por tanto, frente al argumento de la "ausencia de Estado" utilizado por muchos comentaristas para explicar la escalada de la violencia en áreas marginales de Colombia, me centro precisamente en los propios procesos de formación del Estado y su correlación con la expansión y la escalada de la violencia en estas regiones (González, Bolívar y Velásquez 2003). Estos aspectos periféricos

3 En el núcleo de esta forma de abordar los procesos de construcción del Estado se encuentran los legados teóricos y metodológicos procedentes de las aproximaciones de Gramsci y el enriquecimiento de la teoría del Estado de Marx mejor condensada en su *18 Brumario*. Así, Gramsci presenta una visión según la cual "todo Estado es ético en tanto en cuanto una de sus funciones más importantes sea elevar a la gran masa de la población a un nivel cultural y moral determinado, un nivel (o tipo) que se corresponda con las necesidades de las fuerzas productivas de desarrollo y, por tanto, con el interés de las clases dirigentes" (Gramsci 2003[1971]: 258). A partir de esta visión tan compleja que también cuestiona la distinción entre el Estado y la sociedad civil, y centrándose precisamente en el proceso por el cual la gran masa de población alcanza un nivel cultural y moral determinado, Gramsci (1971) y algunos de sus seguidores han introducido toda una forma de pensamiento que, según Althusser, ha añadido complejidad y un análisis coyuntural estricto a la teoría del Estado represor. Conceptos como *la hegemonía, la persuasión, el consenso, la revolución pasiva, la guerra de posiciones o los aparatos del Estado*, entre otros, son los principales de esta visión. Otros conceptos que informan de esta misma tradición y desarrollados posteriormente por la tradición neomarxista se agrupan en torno al conjunto de conceptos de *articulación, contingencia, hegemonía, sobredeterminación y lo popular* (Althusser 1970, Hall et ál. 1978, Hall 1981, 1999, 2006, Laclau y Mouffe 1985, Butler, Laclau y Žižek 2001, Laclau 2008, 2008a, 2005, 1996, Mouffe 1993, 2005). Mediante este conjunto de conceptos, la riqueza y la complejidad de lo "social" (las relaciones sociales) impiden un resultado predecible de toda práctica social; el Estado es por encima de todo un proceso de construcción del Estado, siempre amenazado por la ausencia de una obstrucción absoluta. Es siempre un proyecto para alcanzar el consenso y establecer un "sentido común" entre la población. Esta visión subraya la forma en que las fuerzas económicas, sociales y políticas ejercen resoluciones simultáneas sobre una coyuntura específica, desafiando las determinaciones tradicionales de infraestructura y superestructura (Williams 1980, 1980a).

constituyen las conexiones y puntos focales donde la presencia del Estado se condensa, se repite, se interrumpe y se actualiza a diario, siendo su resultado principal la creación de un entorno propicio para el despliegue de poder y la disputa por éste. Sin embargo, es precisamente aquí donde estos márgenes cuestionan o reconfiguran también la formación clásica de los Estados modernos basados en la tríada sagrada constituida por el territorio, la autoridad y los derechos (Sassen 2006). No sólo mediante los intereses de capitales transnacionales y privatizados en esta región, sino también por medio de los discursos y las prácticas humanitarias y de derechos humanos que difuminan los significados convencionales de *soberanía*, estos márgenes también nos informan de los modos complejos en que la noción sagrada del Estado moderno westfaliano está actualmente en proceso de revisión y reconfiguración. Por tanto, mientras que el uso generalizado de los certificados de desplazados internos dictados por la ley 387 permite al Gobierno central establecer los ritmos y los plazos y asignar recursos, la autodenominación de la CPSJA como "población civil no combatiente" aúna otros tipos de prácticas y efectos que quiebran directamente el monopolio del Gobierno central.

Asimismo, analizo la historia de estos complejos ensamblajes, como es el caso de la CPSJA, haciendo referencia a las múltiples decisiones, historias y hechos que la hicieron posible. ¿Cuáles son las condiciones y los tipos de actores que posibilitaron el nacimiento de la CPSJA en ese lugar y momento determinados? A lo largo de mi análisis los asocio a hechos concretos y demuestro que no se trata de respuestas naturales ni automáticas a efectos acumulativos (Restrepo 2007). Se trata del resultado de múltiples decisiones donde las "historias locales" de sufrimiento y marginación se articulan en discursos que hacen referencia a una "población civil no combatiente" (Convenios de Ginebra), donde las prácticas de mejora rural se materializan en "economías comunitarias" que reconocen un espacio de interdependencia social, y donde estas economías quedan integradas estratégicamente o redefinidas en los canales de "comercio justo" internacional, entre otras relaciones complejas que analizaré a lo largo del libro.

A medida que avanzo en mi libro, queda claro que analizo las convergencias y expresiones concretas de "lo político", entendidas como la continuación y la supervivencia de "prácticas sociales antagónicas" (Laclau 2005, 2006, 1996, Laclau y Mouffe 1986, Mouffe 1993, 2005, Butler, Laclau y Žižek 2000). Se trata de una forma particular de entender "lo político" utilizada por analistas de movimientos sociales o modelos de movilización surgidos tras la identificación de los *diferentes* significados del sujeto humano, la naturaleza, el tiempo, la democracia, la justicia y el progreso (Escobar, Álvarez y Dagnino 2001, véase la edición especial de *Anthropological Quarterly*, 81-1 sobre los movimientos

sociales como productores de significados, o *meaning-making movements*)⁴. Sin embargo, aunque centro mi atención en la utilización de esta *diferencia* por las organizaciones populares, los activistas y otros actores, no quiero olvidar la posibilidad de que también se aplican y utilizan otras muchas "prácticas sociales antagónicas" allí donde este tipo de organizaciones no están presentes. Como demuestra el análisis de Orrantía (2009) sobre la devastación de las poblaciones por las acciones de los paramilitares en la costa caribeña, podría decirse que los "silencios" interminables y la ausencia de "monumentos de recuerdo" se escapan a los deseos de los actores armados de controlar el territorio. Incluso en la misma región de Urabá, en el asentamiento urbano de Apartadó, situado a diez kilómetros de distancia de la CPSJA, Madariaga (2006) nos ha alertado para que estemos atentos a otras prácticas cotidianas de resistencia que "pasan desapercibidas" (Scott 1985). Por lo tanto, quiero dejar claro que aunque me moveré a través de una interpretación particular de "lo político", no deseo olvidar estas otras "prácticas sociales antagónicas" que emergen de los silencios, los rumores y lo efímero.

En este punto, me apoyo conscientemente en la numerosa bibliografía sobre la historia de las luchas campesinas en Colombia (Fals Borda 1979a, 1984, 1986, Ramírez 2001, Archila 2003, Sánchez 1976, 1977 Sánchez y Meertens 1989, Zamosc 1986, Sánchez y Peñaranda 2007, Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación 2010), para comprender las tensiones constantes entre los procesos de codificación del Estado y el alejamiento de éstos por parte de movimientos minoritarios (Deleuze y Guattari 1987). En un nivel determinado, ésta ha sido también una de las cuestiones fundamentales de la contradicción básica entre lo *popular* y el *bloque de poder* (Laclau 1978, Hall 1981). Es precisamente en esta tensión donde sitúa la difícil interrelación entre los desplazados internos y la CPSJA: es decir, en el intento del Gobierno nacional y los organismos internacionales de identificar y gestionar este nuevo problema y el tipo de prácticas que dichos organismos utilizan para definir sus propias respuestas a las dificultades que entraña la vida en un entorno de conflicto armado. A pesar de las nuevas tensiones y las diferencias de poder, me interesa especialmente analizar la actualización de una "forma de defensa comunitaria" frente a la "imposición vertical del Estado" como una de las principales estrategias de estos patrones de movilización (Dussel 2006, Zibechi 2006, Clastres 1994).

4 Como ha demostrado toda la obra que sigue la ruptura decisiva de Saussure (1945) con las teorías previas del lenguaje (Levi-Strauss 1979, por citar un ejemplo), es ésa la razón por la que son importantes los significados: porque "nos" sirven de orientación en el mundo, creando fronteras entre "yo" y "tú", entre "nosotros" y "ellos", o entre quién puede casarse y quién no, entre otros aspectos. Ésta es precisamente la razón por la que la "cultura" se convierte en un campo de batalla (Hall 1996, 1981)

Sin duda, como describe Zamosc (1986) en su estudio clásico sobre los movimientos campesinos de Colombia, las acciones gubernamentales han tenido como objetivo contrarrestar y normalizar la naturaleza radical de aquellos campesinos discrepantes que deseaban seguir el ejemplo de otros movimientos campesinos del continente. De forma simultánea, en algunos casos las mismas instituciones del Estado pusieron en marcha campañas de encuestas, observaciones y comisiones con el fin de poder elaborar un mejor diagnóstico de esta población (Silva 2006). Sin embargo, en otros casos las iniciativas del Gobierno tomaron la dirección contraria al abrir espacios para estrategias antagónicas de movimientos campesinos enfrentados al propio Gobierno y a las élites y terratenientes nacionales. Por tanto, también quiero entender las relaciones complejas que se establecen cuando la propia codificación del Estado se introduce en estos movimientos y les ofrece nuevos lenguajes, interlocutores y entornos más allá de conceptos simples relacionados con la cooptación, la colonización o el neocolonialismo. En lugar de apuntar visiones claras y completas sobre estos resultados, prefiero detenerme en el terreno de las diferencias, donde no es posible prever un resultado final. Aquí, el evento destruye e impide la repetición y la utilización idéntica y homogénea de cualquiera de estos vectores. La naturaleza descriptiva del presente trabajo tiene como objetivo analizar la actualización de estos vectores en cada momento a través de las múltiples fricciones, desviaciones y antagonismos que portaban y contribuyeron a crear.

Como ya he mencionado, tengo interés en analizar las convergencias que a mediados de la década de 1990 crearon las condiciones que posibilitaron el nacimiento de la CPSJA. En la historia de Colombia y en la historia de Urabá, donde se sitúa este ensamblaje, en esa misma década se produjo un incremento de la violencia vinculada con los inicios de las operaciones contrasubversivas que se extendieron por toda la región confrontando los núcleos de partidos políticos, organizaciones, líderes y simpatizantes de programas e ideas de izquierdas. No sólo Urabá, sino también otras regiones con presencia de organizaciones populares fueron testigos de la llegada de destacados *mochacabezas* y grupos paramilitares que inundaron estas regiones de miedo, terror y la presencia fantasmagórica de lo que antes existía "allí". Los desplazamientos y las masacres masivas fueron algunas de las expresiones materiales justificadas a menudo (al menos en Urabá) para limpiar el territorio de una amenaza comunista y, en último caso, defender la soberanía del Estado (Ortiz 2007, Suárez 2007, Madariaga 2006, García 1996, Ramírez 1997, Uribe 1992, 2000, Comisión Andina de Juristas 1992). Sin embargo, como demuestro y como otros muchos autores también han destacado, esta coyuntura guardaba relación con una larga tradición de luchas regionales entre capitalistas y campesinos, terratenientes y trabajadores emigrantes. Estas confrontaciones se traducían en ocasiones en rivalidades políticas, aunque muy frecuentemente quedaban ocultas o camufladas por algunas de las

confrontaciones entre los partidos liberal y conservador durante el período conocido como *la Violencia* de mediados del siglo XX (Sánchez 2007, Pécaut 2007).

Además, en esta nueva coyuntura de los años noventa volvieron a surgir algunos de los mismos aspectos culturales de la masacre (Uribe 2004), o lo que Guzmán, Fals Borda y Umaña (2005) denominan acertadamente como un completo y complejo tratado de tanatología en el que se especificaba cómo se debía asesinar a los campesinos y cómo manipular y exhibir públicamente sus cadáveres durante ese infame período (cito como ejemplo el asesinato de Luis Eduardo). También en los años noventa se repitieron algunos de los mismos conflictos relacionados con el asesinato de contendientes políticos que ya se habían producido a mediados de siglo entre los Pájaros paramilitares conservadores y la célebre guerrilla liberal campesina, así como las razones subyacentes tras sus confrontaciones. Entonces fueron actualizados y presentados, en Urabá al menos, como la coordinación entre los paramilitares y las empresas de capital contra las guerrillas y sus polos de influencia (las áreas de colonización campesina). En este sentido, esta coyuntura de la década de 1990 está estrechamente relacionada con otros ciclos previos de violencia en la región que han sido analizados y descritos en una abundante bibliografía sobre la violencia (entre muchos otros, Sánchez 1977, 1976, Sánchez y Meertens 1988, Sánchez y Peñaranda 2007, Uribe 2007, Guzmán, Fals Borda y Umaña 2005, 2005a, LeGrand 1998, Fals Borda 1986, González, Bolívar y Velásquez 2003). Por tanto, aunque mi atención se centra en Urabá en la década de los noventa, hago también el seguimiento de otros vectores relacionados con esta historia concreta y con procesos que datan de hace mucho tiempo, que incluso han determinado la historia de la región y de todo el país desde el siglo XVI.

Como explico en el capítulo 2, en los años noventa también surgieron simultáneamente estrategias, movimientos y programas de paz promovidos por las instituciones del Estado, el Gobierno central, las organizaciones populares e internacionales, la Iglesia, las ONG y los propios actores armados. En opinión de García-Durán (2006), ésta fue sin duda la "década de la paz" en Colombia, a pesar de las diferentes estrategias promovidas por diversos actores y la escalada de los conflictos armados en el país hasta límites inauditos y que afectaron, entre otras, a la región de Urabá. Los procesos de desmovilización, los acuerdos de paz, los armisticios, los encuentros nacionales y la rápida expansión de los movimientos de paz en todo el territorio marcaron la creación de una "sociedad civil" muy heterogénea que dio visibilidad a las "víctimas" del conflicto armado como nuevo objeto de preocupación nacional dentro de los argumentos concretos creados por la nueva Constitución. El Gobierno firmó convenios internacionales sobre los derechos humanos y el derecho humanitario, ratificó por primera vez la existencia de un estado multicultural y plurinacional, aprobó la primera ley para los desplazados internos y asignó unidades especiales de

derechos humanos en diferentes dependencias. Diversos relatores y representantes de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas fueron invitados a visitar el país y a supervisar la situación de los "derechos humanos" en Colombia. Por primera vez, una "cultura de los derechos", promovida por la nueva Constitución y adaptada al derecho internacional, se convirtió en el principal activo de las "víctimas" de todo tipo de violencia (negligencia del Estado, desplazamiento forzoso, discriminación u otras). En resumen, la CPSJA y la ley no surgieron como respuesta automática a la violencia, sino en el marco y en contra de muchos de estos argumentos y deseos.

Encuentros e itinerarios

A través de los diferentes interrogantes surgidos a lo largo de años de trabajo de campo y encuentros, diálogos y conversaciones informales con diferentes ritmos, pausas e intensas exploraciones, he analizado los carteles, las camisetas, los jeeps y las banderas blancas, entre otros elementos de las organizaciones humanitarias y activistas de los derechos humanos, como nudos en los que tienen lugar muchas de estas conexiones. Junto con las tareas más "clásicas" que requiere un estudio etnográfico en profundidad realizado en diferentes lugares y de forma permanente, también he asistido a reuniones con embajadores y funcionarios estatales, asambleas nacionales afrocolombianas, conferencias nacionales sobre los derechos de los desplazados internos, sesiones en la Universidad de la Resistencia y reuniones privadas con dirigentes de los Encuentros Nacionales de Víctimas y la ONG Tribunal Internacional del Pueblo sobre Derechos Humanos y Justicia, entre otras instituciones. De hecho, la naturaleza del ensamblaje tan complejo que describo a lo largo de este libro me ha obligado a sumergirme en estas conexiones imprevisibles para poder hacer un seguimiento de éstas. Por tanto, durante la realización de mi trabajo de campo también he mantenido entrevistas en profundidad con funcionarios y personal de las organizaciones humanitarias y de derechos humanos presentes de forma temporal o permanente en el campo de operaciones, así como en sus oficinas centrales situadas en Bogotá, Cali y Medellín.

También he mantenido encuentros con funcionarios de diferentes organizaciones como el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), Médicos sin Fronteras (MSF), Fellowship of Reconciliation (FOR), Peace Brigades International (PBI), la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (Wola, por sus siglas en inglés), Chefs without Borders, representantes de diversas ciudades españolas, la Consejería en Proyectos (Project Counseling Service [PCS]), colectivos nacionales e internacionales de abogados y Swiss Interchurch Aid (HEKS, por sus siglas en alemán), entre otras. En mi

labor de seguimiento de estos vectores que conectan de forma compleja los diferentes nudos dentro del mismo espacio-problema, también tuve la oportunidad de entrevistarme con funcionarios de diversos organismos internacionales en Washington y Ginebra, como el Consejo Noruego para Refugiados (NRC), Médicos sin Fronteras (MSF), la Institución Brookings, American Friend Service Committee, el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), por citar algunos de ellos. Otros nudos están constituidos por las imágenes de grupos formados por más de cincuenta hombres y mujeres desplazados trabajando en máquinas textiles industriales en las afueras de Bogotá. El extraordinario número de informes, declaraciones y documentos públicos de organizaciones nacionales e internacionales que circulan por Internet y simultáneamente en las oficinas de Bogotá, Washington D. C. y Ginebra, así como los "kits humanitarios" que las agencias internacionales entregan a los desplazados, constituyen otros nudos que he ido conectando a lo largo de estos años.

Analizo estas materialidades (o nudos en los que convergen múltiples deseos, proyectos, expectativas y significados) como si fueran "cristales de sustancia social", siguiendo la definición de Marx (1996: 128) en su análisis clásico de las mercancías. Desde los depósitos de agua filtrada donados por MSF y Oxfam para las casas abandonadas que volvieron a habitar las familias que regresaron a sus aldeas, incluso bajo la amenaza constante de nuevas incursiones armadas, a las fotocopias de los documentos oficiales que certifican su desplazamiento forzoso pegadas en los carteles que portan los desplazados internos que piden ayuda en las esquinas de las calles de Bogotá, investigo cómo se llegó a estas situaciones y qué tipo de asociaciones comprendían. Gran parte del libro está dedicado a analizar las coyunturas responsables de la articulación de los enunciados y visibilidades en prácticas materiales que pueden ser objeto de estudio etnográfico. Sin embargo, en contra de la tendencia a permanecer en un plano "determinista", también analizo y registro las múltiples tensiones, divergencias y conflictos que surgen de la forma en que estos discursos y objetos se crean, organizan y actualizan. Según afirma Das (2007: 163) en su brillante análisis de las prácticas textuales del Estado, "(...) una vez que el Estado instituye las formas de gobierno mediante tecnologías de escritura, abre la puerta a la posibilidad de falsificaciones, imitaciones y la representación mimética de su poder". Esto quiere decir que también debe hacerse un seguimiento de su evolución y actualización en diferentes emplazamientos mediante registros "cotidianos" y "habituales". Este énfasis en las prácticas y no sólo en las decisiones unidireccionales sitúa finalmente mi trabajo en la intersección de lo que puede definirse como "etnografía de los derechos humanos y el humanitarismo" y "etnografía de la violencia", que convergen en torno a mi pregunta básica sobre las condiciones que hicieron posible la aprobación de la ley y el nacimiento del complejo

ensamblaje de la CPSJA. A continuación explico los aspectos de mi trabajo incluidos bajo ambos títulos.

Etnografía de los derechos humanos y el humanitarismo

Con el título de "etnografía de los derechos humanos y el humanitarismo" trato de llamar la atención sobre el espacio-problema constituido por las diferentes trayectorias, prescripciones, cualificaciones, juicios morales y proyectos éticos relacionados con la cuestión de "qué es ser humano": es decir, no sólo la cuestión de lo humano en sí mismo, sino también del "ser humano" a quien se debe tener en cuenta, identificar, proteger, auxiliar, aliviar y, al mismo tiempo, empoderar (Cheah 2006, Nelson 2004, 2009, Collier y Lakoff 2004, Myers 2005, Nguyen 2005, Feldman 2006, Hyndman 2000, Feldman y Ticktin 2010). En consecuencia, analizo un espacio-problema definido como "un conjunto de preguntas y respuestas [es decir, la cuestión de qué es ser humano] en torno a las cuales se sitúa una serie de aspectos identificables, tanto conceptuales como ideológico-políticos" (Scott 2004: 4). Quiero aclarar que aunque la pregunta de "qué es ser humano" ofrece una orientación sobre el sentido de mi trabajo, no es menos obvio que ésta ha sido también una de las principales cuestiones de la filosofía occidental y, en concreto, de su capítulo relacionado con la fenomenología (Derrida 2005, 2008, Cheah 2006). Estas mismas preguntas de "qué es ser humano" o qué es "un ser humano" han provocado grandes debates que han cuestionado (Marx, Heidegger, Nietzsche, Derrida, entre otros autores) los axiomas mismos de una esencia universal y eterna que no puedo ni debo abordar aquí, sino en mis conclusiones. En este punto prefiero, por el contrario, tratar un área-problema concreta de este plano más amplio que existe debido a la emergencia y recurrencia prolongada de la atención al "extraño que sufre" y los múltiples diagramas, racionalidades y técnicas de poder puestos en práctica para proteger, crear y gobernar un sujeto "humano": el nacimiento del fenómeno de los desplazados internos y de la CPSJA.

Cuando me he enfrentado a las numerosas respuestas que he recopilado a lo largo de estos años, desde los certificados de los desplazados internos a los depósitos de agua, o desde el acompañamiento internacional en el terreno a los diversos informes redactados para campañas nacionales e internacionales con el objetivo de incrementar la concientización sobre la protección de los desplazados, no me ha sido posible pensar en una única respuesta a mi pregunta. Gran parte de mi interés se centra en analizar la forma en que hoy en día las estrategias de derechos humanos y las operaciones humanitarias están predefinidas por una interpretación concreta del sujeto "humano" (que no sólo tiene intereses políticos, sino también ontológicos y epistemológicos) y en las

teorías particulares de tiempo, atención, cuidado, hospitalidad, duelo y superación que encierran (Das 2008, Derrida 2007, 2008, 2005, Boff 2002, Cortés Severino 2007). Por tanto, en una aproximación compleja, y citando a Biehl, Good y Kleinman (2007: 5), el estudio de este sujeto "humano" desde las ópticas de "una estrategia de existencia y de un material y unos medios de gobernanza ayuda a reformular hipótesis sobre el trabajo de los colectivos y las instituciones". Existe una enorme cantidad de actores (comunidades religiosas, organizaciones de juristas, organizaciones populares y unidades militares, entre otros) que hacen muchas "cosas" en nombre de los derechos humanos y el humanitarismo⁵. Desde los enfoques más laicos hasta los que ratifican su procedencia religiosa y casi mística, pasando por los que aplican respuestas orientadas hacia el desarrollo, u otros que luchan por una acción más "en presente" (Bornstein y Redfield 2008), quedan bastante claras, como parte de mi estudio etnográfico muestra a lo largo del libro, las diferentes acciones que "pone en práctica" en el terreno cada una de las estrategias (ya sea basada en los derechos humanos, ya sea en el humanitarismo, o incluso la combinación de ambas)⁶.

En consecuencia, mi "cartografía" —que recoge la repetición y actualización de estos objetos, proyectos y deseos en diferentes escenarios (la CPSJA, las oficinas del Acnur en Ginebra o en Bogotá, o Acción Social, institución del Estado dedicada a coordinar el programa nacional para la protección de los desplazados internos)— analiza las axiomatizaciones y codificaciones que de este espacio-problema realizan los principales polos institucionales, así como sus desviaciones y su porosidad. Parte de mi trabajo, que combina tanto metodologías etnográficas como las del archivo de fuentes primarias y secundarias, detalla las diferentes racionalidades y prácticas que subyacen tras las diferentes intervenciones y acciones que se llevan a cabo en nombre de los "derechos humanos" y el "humanitarismo" (Bornstein y Redfield, 2008). Asimismo me intereso por la forma en que se trasladan, se mueven, se relacionan y confluyen con otras racionalidades, llevándolas a otros territorios diferentes y diferenciados para

5 Bornstein y Redfield (2008) aconsejan a los investigadores que se enfrentan a tal cantidad de "cosas" que tracen las diferentes genealogías de las estrategias, disyuntivas y prácticas características del legado de los "derechos humanos" desde las que son propias del "humanitarismo". Ambos invitan a los investigadores que trabajan en estos espacios-problema a dejar claras estas distinciones y a identificar sus efectos en el tipo de "cosas" que se incluye en cada estrategia.

6 De hecho, como mostraré en el capítulo 2, la descripción de los acontecimientos que explican el origen de los problemas de los desplazados internos varía cuando cambian los interlocutores que trabajan en una organización u ONG con una orientación típica de "derechos humanos" o de "humanitarismo". Para algunos de ellos, el problema de los desplazados internos engloba inquietudes relacionadas con la soberanía, el Estado de derecho y la cuestión de los Estados fallidos o corrompidos. Para otros, el problema de los desplazados internos es un desafío antiguo y constante en sus operaciones destinadas a aliviar el sufrimiento de las poblaciones civiles atrapadas en medio de un conflicto armado (véase el capítulo 2).

desentrañarlas y *desterritorializarlas* en todo momento con el fin de encontrar nuevos vectores y territorios, no sólo diferentes, sino también diferenciados (Deleuze 1994). Quizá las metáforas de movimiento y emplazamiento describan mejor lo que quiero presentar en este libro: poner estos objetos, discursos y prácticas de nuevo en movimiento, tanto en el sentido temporal como en el geográfico, con el fin de analizar las constantes *desterritorializaciones* y *reterritorializaciones* a las que se ven sometidos en nuevas direcciones a través de diferentes encuentros, así como trazar las múltiples fricciones, tensiones y divergencias que surgen cada vez que son actualizados en diferentes regiones del mismo espacio-problema.

Mi descripción no comienza por lo "local" ni por lo "global", sino por el lugar en el que los actores se encuentran en cada momento, y no como origen de las acciones sino, de nuevo, como el objetivo móvil de un gran número de organizaciones que giran en torno a ellos (Latour 2005: 46). Así, muchos de los capítulos de este libro comienzan o toman giros decisivos a partir de anécdotas, diálogos y observaciones vividos a lo largo de este itinerario. Las narraciones recogidas tienen un claro tono de primera persona y se combinan con las rememoraciones y recuerdos de aquellos con quienes me entrevisté en esos lugares fundamentales. ¿Por qué nació "aquí" la CPSJA y no en otros lugares? ¿Por qué no surgió antes? ¿Por qué en ese momento? ¿Cuáles son los vectores previos que la hicieron posible? ¿Cuáles eran sus condiciones de posibilidad? ¿Cómo se han organizado, conectado y relacionado estos nuevos vectores de "los derechos humanos y el humanitarismo" en diferentes direcciones y territorios? Quizá una "etnografía de las conexiones globales", como indica Tsing (2005:3), ayude a explicar y encontrar sentido a los aspectos imprevistos y variables de las interacciones globales. Para los propósitos del estudio etnográfico que presento aquí, esto implica no realizar saltos ni movimientos rápidos para llegar a las conclusiones, sino avanzar despacio, recuperando y describiendo cada repetición y actualización en cada nudo de este espacio-problema. Esto significa apartarse de los flujos homogéneos, lineales y dominantes y regresar al "mar" convulso, desorganizado y caótico (Deleuze y Guattari 1987). Al final, esto es quizá lo que debería ser un "estudio etnográfico denso": describir una y otra vez la multitud de diferencias que caracterizan todos y cada uno de los vectores. Ésta es una historia en la que aparecen simultáneamente poderes e intensidades, debilidades y capacidades para ensamblar unas formas y desorganizar otras, pero es también un relato de hechos históricos que analiza las conexiones que han estructurado y estriado los ensamblajes de este espacio-problema y los han dotado de formas concretas.

De hecho el planteamiento mismo de la pregunta mediante la organización de formas de conocimiento y diagramas de poder enlaza constantemente con otras relaciones de poder, otras conexiones y múltiples fricciones. Por tanto, no es sorprendente que muchos de los líderes de estos complejos ensamblajes utilicen

habitualmente un lenguaje basado en los derechos para referirse a sus luchas y sus expectativas. Lo que resulta más sorprendente, en realidad, es la forma en que estos enunciados se conectan o adquieren sentido en el marco de las "historias locales". Éste es el caso de una anciana de la CPSJA que puso el ejemplo de Jesucristo y su familia como una de las primeras historias de desplazados internos obligados a huir permanentemente por diferentes territorios. Situándonos en otro nivel, no es casual que en Colombia y en Urabá los argumentos de las estrategias humanitarias y de derechos humanos hayan sido introducidos por organismos y proyectos del Gobierno, muchas veces apropiándose de ellos después de haber sido elaborados por estrategias radicales e izquierdistas y "teorías viajeras" del Partido Comunista, movimientos populares, sacerdotes radicales y exiliados políticos (Tate 2005, Romero, Flor Alba 2001, Romero 2001).

Latour (2005: 204) sugiere que ningún lugar ejerce un dominio suficiente como para ser global y que ningún lugar se circunscribe a sí mismo en lo local. Mi interés se centra precisamente en la forma en que todos los nudos de esta red dan como resultado un ensamblaje muy complejo en el que las "historias locales" y los "diseños globales" se desdibujan y se abren a la interacción mutua. En el caso de la CPSJA, puede aplicarse la idea de Escobar (2007: 198) de "las entidades 'autopoieticas', como entidades autónomas y autosuficientes cuya organización interna básica, a pesar de sufrir cambios importantes, se mantiene gracias a la interacción con sus entornos por medio de asociaciones estructurales". Como describo en los capítulos 2 y 3, no resulta sencillo adaptar localmente los regímenes humanitarios y de derechos humanos, puesto que es necesario tener en cuenta otras maquinarias, deseos y vectores condicionantes previos. Lo que me interesa en este caso es la interacción de estos regímenes con aquellos vectores previos, cómo se inician los nuevos procesos de *desterritorialización* y *reterritorialización* y cómo se incorporan selectivamente a la CPSJA (cito el ejemplo anterior de Jesucristo y los desplazados internos).

En numerosas ocasiones los dirigentes y los integrantes de la CPSJA me hablaron de conocidos líderes liberales que desafiaron la llegada a su territorio de violentos grupos armados legales e ilegales. Al explicarme la relación entre sus luchas actuales y los acontecimientos del pasado surgían constantemente las historias de los esclavos negros que en los siglos XVI y XVII escapaban de las plantaciones, o de los rebeldes liberales que huían de la persecución de los Pájaros (famosos escuadrones de la muerte de la década de 1950, simpatizantes del Partido Conservador). De forma similar, los argumentos que utilizan actualmente los líderes de la CPSJA, basados en el lenguaje de los derechos, concuerdan con los de las organizaciones campesinas, movimientos de izquierda y proyectos de desarrollo presentes en la región en las décadas de 1970 y 1980. Estas narraciones, así como las tarjetas de identificación y los carteles de las organizaciones humanitarias internacionales y los movimientos activistas de derechos humanos,

me llevaron por caminos imprevisibles y sorprendentes. A lo largo de este libro, gracias a la investigación llevada a cabo en los archivos de fuentes muy diversas y a las numerosas conversaciones mantenidas con integrantes de ambos ensamblajes, he tratado de hacer un análisis de estas narraciones y comprender su relación con aquellos vectores previos.

Tampoco debe sorprender, como han argumentado diversos autores (Scott 1998, Fergusson 1990, Redfield 2000, Escobar 1995, Mosse 2005) siguiendo la observación fundamental de Foucault (1978) relativa al "fracaso" del sistema penitenciario para la recuperación de "criminales", que su actualización y resultados nunca se hubieran previsto en el plan de acción elaborado inicialmente por Bentham y sus seguidores. Por el contrario, según estos autores, los resultados de estos programas y esquemas diseñados para aportar prosperidad, participación, desarrollo o rehabilitación tuvieron en realidad "efectos colaterales" muy diversos: la intensificación del sistema burocrático, nuevos procesos de sometimiento y *subjetivación* y la creación de regímenes de verdad totalmente nuevos, entre otros (Mitchell 2002). En el capítulo 4 me centro en algunos de los efectos colaterales de determinados proyectos de desarrollo puestos en práctica en los años setenta y ochenta en la misma región en la que una década más tarde nació la CPSJA. Sin embargo, el argumento según el cual estas operaciones nunca son estables o coherentes no se refiere sólo a sus "efectos colaterales" imprevistos. En realidad, como indica Das (2007: 167), es importante tener siempre presente que las formas de gobierno se constituyen por medio de contactos esporádicos e intermitentes y no mediante un sistema eficaz de supervisión de los sujetos⁷.

Como mostraré en el capítulo 1, las diversas técnicas diseñadas para atender a los desplazados internos (materializadas en expedientes, tarjetas de identificación, kits humanitarios, estadísticas, informes, conferencias o libros) no son adecuadas ni eficaces para disciplinar a los sujetos y ordenar los procedimientos. Muchas de estas técnicas pueden haberse visto afectadas por lo que Stoler (2008) ha denominado *proceso de arruinamiento*, cuyos restos aún podemos analizar hoy en día. Siguiendo el estudio de Biehl (2005) sobre las áreas marginales en las que se sitúa a los enfermos, a quienes no tienen hogar, las prostitutas y los enfermos mentales (y los desplazados internos), podríamos preguntarnos de

7 El propio Foucault (2007: 303-304), en sus conferencias sobre el neoliberalismo, desconfiaba de la coherencia y la sensibilidad últimas de estos esquemas de poder en el nuevo entorno de uniformización, identificación e individualización de los sujetos. Sus comentarios sobre estas nuevas formas de gobierno neoliberal no se refieren a una tecnología de poder elaborada a lo largo del eje disciplina-normalización (para lo que se requiere un mecanismo de normalización general y de exclusión de aquello que no se puede normalizar), sino a la creación de un entorno (ambiente) completamente nuevo, abierto a fenómenos imprevisibles y fortuitos. De hecho, su noción del poder en este nuevo entorno es imprecisa y no puede localizarse en un punto específico, ya que el propio entorno carece de estabilidad y homogeneidad.

qué forma estos mismos conceptos de *biopolítica* y *gubernamentalidad* pueden seguir siendo útiles para analizar estas zonas de abandono social. A este respecto cabría plantear diversos interrogantes. ¿Qué sucede cuando se olvidan las promesas de tratamiento, recuperación y curación, y cuando las técnicas de poder no ofrecen alivio sino simplemente abandono? ¿Qué sucede cuando se crea todo un entorno en el que los desplazados internos son abandonados a su propia suerte? Como cuestiona Biehl (2005: 41), ¿qué sucede cuando "la dignidad de la propia existencia y el derecho a la propia vida (...) están condicionadas por lo que en un momento determinado se considera ser humano" y cuando ya no existen más respuestas, promesas ni expectativas? En realidad, y parafraseando a Scott (1998), podría decirse que nos enfrentamos a los residuos o fantasmas de aquellos primeros programas diseñados para mejorar y aliviar la condición humana en contextos de crisis y sufrimiento (Fassin y D'Halluin 2005). No se trata tanto de disciplinar a los sujetos, sino de crear todo un entorno en el que sucedan "cosas", como es el caso de aquellos viejos colchones que vi en noviembre de 2003 en casa de una pareja de personas de la tercera edad llegada de una provincia limítrofe de Bogotá y desamparada a su suerte en una "zona de abandono social" (Biehl 2005).

El piso de la casa estaba hecho de barro y sus habitantes habían excavado en el patio un hoyo que hacía las veces de escusado. No podían trabajar debido a su avanzada edad y vivían gracias a la caridad de sus vecinos. Durante la entrevista les pregunté si habían recibido alguna ayuda de las instituciones del Gobierno. La mujer, casi ciega a causa de unas visibles cataratas, se dirigió a la habitación contigua y trajo dos finos colchones como los que yo había visto antes en el almacén de la oficina de la reconocida organización católica Minuto de Dios en Ciudad Bolívar (de hecho, en aquellos años había visto muchos colchones parecidos). Sonriendo, la mujer me dijo "Sí": el Gobierno le había otorgado el reconocimiento de desplazada interna y le había ayudado, por lo que le estaba muy agradecida. Los dos colchones eran la prueba de la ayuda prestada. Permanecí en silencio mientras contemplaba los colchones ya gastados y descoloridos. Durante el resto de la entrevista no supe qué decir. No podía dejar de mirar los dos colchones, los únicos residuos de todo el aparato de atención a los desplazados internos que encontré allí. Salí de la casa y caminé en silencio por las calles improvisadas, desordenadas y embarradas de Ciudad Bolívar, en la periferia de Bogotá. No importa que los colchones no sean una respuesta eficaz al desplazamiento forzoso de la pareja: lo que importa es que recibieron los colchones y de esa forma el Estado hacía notar su presencia fantasmal en este lugar de la periferia. Lo que importa es que los colchones "estaban allí".

Etnografía de la violencia

Sin embargo, según la experiencia de los últimos años de la propia CPSJA y otras organizaciones populares del país, existen otros esquemas de poder que se materializan de formas muy violentas y eficientes. Los desplazamientos forzados, las masacres, las desapariciones, los asesinatos selectivos y las amenazas permanentes son algunos de los resultados finales de determinados esquemas de poder que se han establecido y desplegado en sus territorios. Es más, como se ha recopilado en la cada vez más abundante bibliografía sobre las "expresiones culturales" de la violencia en Colombia, ésta ha seguido claramente las líneas de la "violencia" de género, racial, sexual, étnica y guerrillera (Tovar 2006, Uribe 2004, Uribe 1993, Acnur 2007a, Sánchez Baute 2008, Taussig 1987). Como explica Sontag (2002) de forma contraintuitiva pero impactante, la guerra ha sido habitualmente un "juego de hombres", por lo que no podía ser de otra forma en Colombia y en Urabá. Y aunque soy consciente de la feminización y la infantilización de los combatientes y de cómo la presencia de estos sujetos interrumpe algunos de los principios normalizadores y normalizantes de la guerra moderna (Malkii 2010), los hombres han sido quienes han integrado mayoritariamente los grupos armados, quienes han ocupado el poder y quienes, como consecuencia de sus acciones directas, han provocado la proliferación de viudas y huérfanos en todo el país. En el capítulo 2 describo el fenómeno actual de la feminización de la población desplazada de Colombia. Como han denunciado diferentes actores, el cuerpo femenino se ha convertido en trofeo de guerra para todos los actores armados: las mujeres no sólo sufren violaciones, sino que además les arrancan a sus hijos para entregarlos a la familia de algún dirigente paramilitar o para integrarlos en algún grupo armado (Tovar 2006, Mesa de trabajo *Mujer y conflicto armado* 2008). Por otra parte, según un diagnóstico de las tendencias nacionales de los desplazados internos durante el período de 2004 a 2007 realizado por Acnur (2007a: 55), el 61,6% de los municipios con desplazados internos se concentra sólo en 10 de los 32 departamentos del país. De ellos, el departamento de Antioquia, donde se encuentra la CPSJA, es el que cuenta con un mayor número de desplazados internos (69.445 personas). Aunque la población total de las ciudades que cuentan con la mayor proporción de desplazados sólo representa el 17% de la población nacional total, en ellas se concentra el 71% de la población total desplazada en el período comprendido entre 2001 y 2007.

Además, como se muestra en el informe, existe una alarmante "coincidencia" entre las poblaciones más azotadas por este fenómeno y las zonas con mayores recursos naturales, como son el petróleo y el carbón, situadas en corredores estratégicos para el tráfico de armas y drogas ilegales y el desplazamiento de actores armados. Como concluye el Acnur en su informe, la existencia de territorios étnicos (indígenas) ha pasado a ser poco a poco casi una característica fundamental

de las áreas que han sufrido el desplazamiento interno: simultáneamente, en el 43% de las poblaciones más afectadas por este fenómeno se están presentando demandas judiciales para la creación de *resguardos* (reservas indígenas), que ya se han conseguido en el 48,7% de ellas.

También, de manera ciertamente contraintuitiva aunque muy acertada Sánchez y Meertens (1988) han explicado que tanto las víctimas como quienes perpetran los actos violentos proceden de entornos rurales. En su opinión, son los habitantes de las zonas rurales quienes hacen y sufren la guerra, no los hijos de las élites políticas y económicas. La guerra no "llama a la puerta" de todos los colombianos, sino que se centra especialmente en los campesinos, los indígenas y los afrocolombianos que viven en las áreas rurales de Colombia. Sólo en contadas ocasiones ha llegado hasta las ciudades, principalmente cuando han explotado bombas en edificios estatales o relacionados con las élites. En la mayoría de los casos los habitantes de las ciudades se han visto afectados por la guerra cuando se han visto impedidos a viajar a las zonas rurales debido al miedo o a las amenazas de secuestros en las carreteras, así como por la llegada de legiones de desplazados internos procedentes de diferentes puntos del país. Sin duda, la guerra no ha afectado por igual a las zonas rurales y urbanas del país.

En relación con la concentración de la violencia en las áreas rurales, Sánchez y Meertens (1988) comentan el debate sobre la restauración de la pena de muerte durante y después del período de la Violencia de 1958, cuando las zonas rurales también sufrieron los ataques de grupos de hombres armados. En aquellos años se estudiaron diversas medidas en el Congreso Nacional con el objetivo de acabar con los últimos vestigios del bandidaje en el país y advertir a las nuevas generaciones sobre la inconveniencia de seguir ese camino. Una de esas medidas fue la legalización de la pena de muerte que en aquellos tiempos y aún hoy sigue estando prohibida por la Constitución colombiana. Los autores citan la respuesta de un campesino a quien en aquel momento se pidió su opinión sobre la pena de muerte: "Creo que deberían prohibirla" (Sánchez y Meertens 1988: 313). Aquel hombre había sobrevivido a las más de 300.000 muertes que se produjeron durante la Violencia y era entonces cuando se le preguntaba si la pena de muerte debía ser legalizada. No nos sorprende su respuesta. Nos indica que el concepto moderno del "estado de excepción" (Agamben 1998, 1998a) no se aplica sólo en el interior de los aeropuertos o en las prisiones sino, como en este caso, que podría practicarse y normalizarse en casi todo el territorio rural de Colombia. Podríamos llegar a preguntarnos acerca de la relevancia de este concepto cuando nos enfrentamos a la respuesta de aquel campesino. Quizá nos recuerda no sólo el carácter excepcional, sino también la actualización violenta de toda una "colonialidad del ser" a lo largo de los siglos (Maldonado-Torres 2007, Fanon 1968). En definitiva, la violencia no es aleatoria ni inocua y sigue también las líneas de la violencia racial, étnica, sexual y de género. En este

conflicto permanente ha habido claros "ganadores" y "perdedores", no siempre los mismos, aunque indudablemente las zonas rurales y sus habitantes son quienes lo han sufrido más intensamente.

Por su parte, Serje (2005) y Steiner (2000) demuestran claramente en su estudio sobre las zonas marginales y fronterizas de Colombia que la región de Urabá, en la que Apartadó es el asentamiento urbano con mayor densidad de población, está presente en la mente de los colombianos como uno de los territorios más violentos del país. Es interesante destacar que esta imagen, así como la de otras regiones similares también marginales, fue fundamental en los "regímenes de representación" creados desde el siglo XIX por la nueva élite siguiendo las líneas de la civilización y la barbarie (Rojas 2002). Aunque en un plano discursivo estas mismas áreas confirman y refuerzan muchas de estas representaciones a través de disputas y conflictos armados violentos que parecen tener lugar también en otras zonas. Estas regiones se encuentran distanciadas "simbólicamente" (aunque no geográficamente) de la normalidad anestesiada y artificial predominante en las grandes ciudades o, más recientemente, del discurso mecanizado de consenso elaborado por los medios y la "opinión generalizada" característico de las promesas de una etapa "posconflicto" en Colombia (Richard 2004, Buck-Morss 1994, Feldman 1994). De hecho, desde la década de 1980, tanto expertos como ONG relacionadas con los derechos humanos han informado del delirante círculo de violencia en el que está inmersa la región de Urabá, que ha provocado el enfrentamiento entre diferentes organizaciones sindicales, grupos guerrilleros y escuadrones paramilitares de la muerte, así como operaciones militares como la infame Operación Génesis, organizada para "limpiar" el territorio de toda influencia comunista (Ortiz 2007, Suárez 2007, Madariaga 2006, García 1996, Ramírez 1997, Uribe 1992, 2000, Comisión Andina de Juristas 1992). En el marco de esta "cultura del terror" (Taussig 1989), en la que niños de cuatro años son asesinados y exintegrantes de la guerrilla de izquierdas se unen posteriormente a escuadrones de la muerte de los ejércitos derechistas, donde las paredes de las casas abandonadas y bombardeadas aparecen cubiertas de pintadas en las que se representan violaciones y actos de violencia sexual, el "orden de las cosas" se ve desbordado por el exceso y se confunden los límites entre lo legal y lo ilegal, el Estado y los escuadrones de la muerte, lo normal y lo excepcional, lo sagrado y lo profano, lo público y lo privado, el pasado, el presente y el futuro (Malkii 1995, Sluka 2000, Greenhouse, Mertz y Warren 2002, Uribe 2005, Franco 1999).

En un artículo publicado en el periódico local de Apartadó se describe la lógica simple pero al mismo tiempo eficaz que subyace a esta escalada de violencia. En dicho artículo se hacía referencia a esta lógica como la "ley de penetrabilidad política: *quítate tú, pa' ponerme yo*" (*El Heraldo de Urabá* 1994, n.º 178). A principios de los años noventa el índice de asesinatos políticos o presuntamente políticos en la población de Apartadó fue de 41,42 por cada 100.000 habitantes,

mientras que en el resto de Colombia y en el mismo período esa cifra "sólo" ascendió a 7,67 asesinatos (Comisión Andina de Juristas 1992). "Quítate tú, pá' ponerme yo" es justamente el título de la famosa canción de salsa utilizada por un periodista local como metáfora para describir sutilmente la eficaz aniquilación de los contendientes políticos y la llegada de nuevas fuerzas al territorio. En el capítulo 3 indico que tras las "geografías del terror" en Apartadó existe una lógica que dota a este fenómeno aparentemente caótico y sin sentido de un esquema bien definido, según el cual determinadas zonas urbanas y rurales o algunos integrantes de organizaciones políticas tienen mayores posibilidades de convertirse en blancos u objetivos de los grupos armados que otros. En línea con la descripción que hace Das (2007a: 207) de la necesidad de cambiar las representaciones oficiales de la partición en India, dominadas por la imagen de multitudes enajenadas como reacción natural a determinadas acciones de provocación, argumento que tras estos actos de violencia aparentemente irracionales existen objetivos y motivos claros. No debemos olvidar que algunas formas de gobierno, materializadas en los asesinatos de adversarios políticos en zonas de la ciudad por las que anteriormente no podía siquiera caminar opo- nente político alguno, también pueden constituir técnicas disciplinarias muy eficaces (Madariaga 2005).

De la mano del estudio etnográfico de Madariaga (2005), en donde encuentra que los hombres jóvenes esconden sus pendientes cuando caminan cerca de los paramilitares que han prohibido su utilización en la población de Apartadó, quiero también sospechar del hecho de que se haya otorgado a la "violencia" un efecto tan determinante y uniforme en la vida diaria de los habitantes de estas regiones. Éste es el objetivo de la "etnografía de la violencia" que aquí presento. Por lo tanto, el descenso a lo cotidiano, como denominó Das (2007) a su trabajo sobre la forma en que unos lugares abandonados pueden volver a ser habitados, surge como un antídoto para escapar de estas lecturas deterministas de la "violencia" y de lo que se puede esperar o prever en esos terrenos. Así, no sólo he presenciado algunas reuniones de dirigentes de la CPSJA en las que discutían estrategias de resistencia ante los futuros desplazamientos y las amenazas permanentes a sus líderes, sino que también he escuchado canciones y he visto a la gente bailar y recordar a sus muertos. Como muestro en el capítulo 6, muchas de las prácticas cotidianas de la CPSJA están formadas por momentos y actividades muy "corrientes", aunque en circunstancias extraordinarias. En la misma expedición que narré al principio me pidieron que leyera algunas frases del Libro de Isaías de la Biblia que hacen referencia al pueblo de Israel y su destino de sufrimiento y sacrificio pero al mismo tiempo de consuelo. También he visto a personas que vuelven una y otra vez a sus casas y tierras abandonadas aun sabiendo que sus vidas corren peligro. En una ocasión, en el improvisado campo de fútbol de la CPSJA, una mujer embarazada de no más de veinte años,

que recibía amenazas por no facilitar información a la Policía, me confesó que estaba realmente aterrorizada. Su compañero y padre del niño nonato había sido asesinado recientemente y su nombre estaba escrito en uno de los ataúdes de cartón que transportamos durante la expedición. Me confesó que necesitaba la ayuda de su madre para criar a su hijo. Sin derramar una sola lágrima y sin ningún sentimiento de ira o frustración, me dijo que no tenía otra opción que permanecer allí y confiar en dar a luz a su hijo sin dificultades y de forma segura.

Este descenso a lo cotidiano también complica la interpretación habitual de los conceptos de *violencia* y *resistencia*, hasta el punto de que no es posible prever sus consecuencias y reacciones ni las interpretaciones subjetivas que provocan, aunque en el fondo yo hubiera deseado que aquella mujer hubiera abandonado la región y buscado un lugar "más seguro". Siguiendo la recomendación de Biehl, Good y Kleinman (2007: 12), que advierten a los investigadores sobre el papel que deben desempeñar las ciencias humanas ("no aplacar la ansiedad colectiva que se produce en estos acontecimientos"), prefiero "asumir la incertidumbre y la angustia de una vida realmente *vivida*, a quedarme con una vida simplemente *analizada* y *teorizada*". Por tanto, centrándome en los complejos modelos de relación que se establecen entre el cuidado, el duelo y el sufrimiento experimentados por los diferentes colectivos (Das y Das 2007), que complican la toma de decisiones unidireccionales, podríamos plantearnos algunos interrogantes: ¿por qué la lectura del pasaje sobre la peregrinación del pueblo de Israel? ¿Por qué las canciones y melodías que rompen el silencio a lo largo de los ríos de la región del Pacífico? ¿Por qué los jóvenes insisten en utilizar pendientes? ¿Por qué aquella mujer se atrevía a permanecer allí aun habiendo recibido amenazas de los paramilitares? En realidad, éstas son algunas de las preguntas clave que me han servido para conocer las diferentes formas en que pueden volver a habitarse (Das 2007a) estos "escenarios" de terror. En sí mismas no sólo cuestionan y complican las interpretaciones unidireccionales y previsibles de la violencia, sino también de nuestras expectativas y deseos de lo que puede considerarse como "resistencia" y lo que no (Mahmood 2005). Tal y como he descrito la evolución, la repetición y la actualización de la cuestión de lo humano en sí mismo y, simultáneamente, del sujeto "humano" a quien se debe tener en cuenta, identificar, proteger, auxiliar, aliviar y, al mismo tiempo, empoderar, me sumerjo en las experiencias de tragedia y sufrimiento humanos para describir la forma en que estos vectores desorganizan y organizan los afectos, qué aspectos culturales enfrentan o ponen de manifiesto, qué interpretaciones subjetivas provocan y qué tipo de prácticas movilizan. En lugar de "idealizar" estos ensamblajes y proyectar mis deseos sobre éstos (lo que analizaré a lo largo del libro enlazando los sueños y las historias en los que se inspiran), describo qué tipo de "cosas" hacen como, por ejemplo, las peregrinaciones en recuerdo de sus muertos, la puesta en marcha de campañas internacionales en el Tribunal

Internacional de Derechos Humanos o sencillamente permanecer en el pueblo esperando a que nazca el bebé.

Veena Das (2007a: 221) hizo un llamamiento para que la academia como función pública actúe en un doble registro en lo que respecta a la tragedia y el sufrimiento humanos. Según Richard (2004), los críticos culturales deben presentar pruebas que refuten el "discurso mecanizado de consenso" que rige la amnesia oficial y las actuaciones sistemáticas destinadas a hacer desaparecer las evidencias. Sin duda, ésta ha sido una de las funciones desempeñadas por los intelectuales públicos en Colombia. Los escándalos creados por la publicación de los dos conocidos volúmenes de *La Violencia en Colombia* (1962), escritos por los sociólogos Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna junto con el sacerdote Germán Guzmán Campos, son un ejemplo perfecto⁸. En la publicación se recopilan las horribles masacres, violaciones y desplazamientos que acontecieron durante el período de la Violencia (1946-1958), hechos no registrados en la memoria oficial de los colombianos. En el segundo volumen los autores comentan muchas de las airadas y a menudo violentas reacciones provocadas por el primer libro en el ámbito público, entre los partidos políticos y en los sectores académicos y gubernamentales (Guzmán, Fals Borda y Umaña 2005a; para consultar estas reacciones, véase también Guzmán 2007). Por primera vez en Colombia, el público tuvo conocimiento de las más de 300.000 víctimas producidas por una violencia guerrillera dominada por los conflictos regionales y de clase y el avance de la concentración de la tierra en manos privadas (Bolívar 2003, Gonzáles, Bolívar, Vásquez 2003), lo que provocó airadas reacciones en diversos sectores del Gobierno. En la revisión realizada por Sánchez (2007: 23) de los estudios sobre la violencia en Colombia que han proliferado desde los años setenta y ochenta, argumenta que este libro fue la única fuente de consulta empírica para muchos de los ensayos escritos hasta mediados de la década de 1970. Por lo tanto, en contextos en los que las voces de las víctimas no forman parte del régimen de verdad oficial del sistema judicial y los procesos judiciales, o cuando la demanda es calificada de irracional, increíble y carente de evidencia empírica para ser considerada como tal, es obligación del investigador dar a conocer estos hechos por cuantos medios tenga a su alcance (Taussig 1987, Richard 2004).

En un contexto similar Castillejo (2006, 2006a) analizó las geopolíticas del conocimiento en juego en los procesos judiciales de la Comisión de la Verdad y Reconciliación de Sudáfrica y descubrió que las demandas de las víctimas no podían ser consideradas como pruebas en dichos procesos porque escapaban

8 Una esperada publicación de la tesis de doctorado de Jefferson Jaramillo contiene ideas muy provocadoras al respecto del mismo libro. Según el autor del libro, *La violencia en Colombia* fue también un instrumento de pacificación de la violencia en Colombia como parte de un pacto entre las élites conservadores y liberales.

de la epistemología moderna del derecho. En tales contextos, los intelectuales posicionados en el ámbito académico pueden desempeñar un papel importante aunque siempre limitado. Como también argumenta Das (2007a: 207), este ejercicio intelectual está condicionado por las necesidades de inmediatez o de activismo. En mi caso concreto, en una ocasión colaboré en una de las numerosas campañas y giras internacionales que consiguieron que estas palabras irracionales se tomaran en serio o al menos se escucharan en despachos estratégicos del Congreso de Estados Unidos. En otras ocasiones me he limitado a contactar con diversas personas y a asistir a reuniones (como, por ejemplo, las celebradas entre directivos y responsables de organizaciones sindicales del sector de la producción orgánica o entre organizaciones de base) o a alojar en mi casa a líderes de diferentes organizaciones cuando se encontraban en Bogotá. Junto con otros aliados estratégicos y gracias al esfuerzo de muchos voluntarios procedentes de diversos países pero, especialmente, gracias a la paciencia y la perseverancia necesarias para asegurar que se escuche la voz de las víctimas de la misma CPSJA, han empezado a suceder algunas cosas. De hecho, sólo después de más de tres años de intensas campañas y la presión de los integrantes de la CPSJA en despachos de senadores y congresistas estadounidenses, en sesiones de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ginebra y en procesos judiciales ante el Tribunal Internacional de los Derechos Humanos, el fiscal general de Colombia se vio lo suficientemente presionado como para abrir una investigación sobre la masacre perpetrada el 23 de marzo de 2005 en la que fueron brutalmente asesinados los dos niños que mencioné al principio de este libro junto con su padre, uno de los líderes de la CPSJA, y la esposa de éste⁹.

9 En agosto de 2008 el periódico más importante de Colombia publicó que un capitán del Ejército había confesado recientemente que en aquella época, marzo de 2005, dirigía la operación contra-subversiva "Fénix" con cien soldados y cincuenta paramilitares en las montañas cercanas a San José de Apartadó. *El Tiempo*, agosto 1, 2008. "Capitán (r) del Ejército aceptó su responsabilidad por masacre de San José de Apartadó". En marzo de 2008 yo había viajado a esas mismas montañas en otra expedición con la que queríamos comprobar la situación de un grupo de familias de la CPSJA que había decidido regresar a sus casas abandonadas. Nos dijeron que caminábamos por el mismo "sendero de la muerte" utilizado tres años antes por los soldados y paramilitares en busca de sus víctimas. Durante casi tres años, los integrantes de la CPSJA habían denunciado a las Fuerzas Armadas por su responsabilidad en la matanza, pero no encontraron otra respuesta que nuevas amenazas y acusaciones de estar ocultando a los verdaderos asesinos. Finalmente, el capitán reconoció la participación y la responsabilidad de sus hombres en la masacre. Leí el artículo del periódico y permanecí en silencio. ¿Qué tipo de consecuencias tendría ese testimonio? ¿Terminaría aquí el duelo por el líder desaparecido y su familia? ¿Sería suficiente? Quizás sí, o quizás no. Debemos ser siempre conscientes de los límites de estas acciones y sus posibles efectos en el fortalecimiento de los regímenes de poder que inicialmente no escuchaban estas palabras. Hasta entonces, el hecho importante es que aquel testimonio se desplazara a través de la red y alcanzara los nudos adecuados.

Das (2007a: 221), por su parte, hace también un llamamiento para que "seamos testigos del descenso a lo cotidiano, que permite a las víctimas y los supervivientes continuar con su vida al margen de discursos enloquecidos". Mis conversaciones con las víctimas y los integrantes de la CPSJA tenían un enfoque mucho más sencillo, distinto al de las conversaciones mantenidas con los líderes, que tenían como objetivo diagnosticar las amenazas actuales en la región o las actividades de carácter más público de las campañas internacionales y otras actividades similares. Al final, durante las incontables noches silenciosas a lo largo de las cuales pude escuchar palabras de pesar y de duelo, así como de agotamiento físico, moral y emocional, también sucedían otras "cosas". Quizá, y siguiendo la argumentación de Das (2007a: 211), en un país dividido y construido por una anestesia cultural, en el que las víctimas marginadas no consiguen que se escuchen sus voces (porque existe una jerarquía de víctimas), donde son olvidadas y a veces acusadas, este segundo registro de la antropología rechaza la complicidad con la violencia "abriéndose al dolor del otro". A lo largo de todos estos años he descubierto que es precisamente esta apertura el punto de partida fundamental desde el que iniciar acciones, conversaciones, campañas o sencillamente desde el que escuchar a aquella mujer en el campo de fútbol. Por tanto, también me he encontrado inmerso en la disyuntiva ética del papel de la práctica académica en la reforma, la crítica o la transformación del "estado de excepción permanente" (Benjamín 1968) por el que más de tres millones de personas y cuerpos devienen en objetivos de violentos proyectos de desplazamiento. Precisamente después de varios años de trabajo con estas organizaciones, de acompañarlas y de haber sido testigo de sus procesos de organización y toma de decisiones, me he dado cuenta de que es esta apertura, una condición muy general y no definitiva, mi respuesta y mi compromiso con esta preocupación académica. Será también mi respuesta al llamamiento de Taussig (1987) para escribir en contra del terror.

El libro

Este trabajo puede definirse como un estudio cartográfico de la circulación y las diferentes actualizaciones de los objetos, discursos y prácticas relacionados con los derechos humanos y el humanitarismo. En esta cartografía hago un seguimiento simultáneo de los vectores que a través de las redes enlazan las oficinas centrales de los organismos internacionales con las operaciones en el terreno, y las organizaciones de base con los desplazados internos. Al mismo tiempo, sigo la trayectoria que permitió a estos últimos entablar relaciones de poder previas con las organizaciones de base, en este caso, la CPSJA. En este estudio cartográfico analizo cómo y por qué pudieron constituirse estos ensamblajes en aquel momento y cuáles fueron las condiciones que los hicieron posibles. Gran parte

del libro se dedica a describir lo que sucede ahora y lo sucedido anteriormente, es decir, cómo han evolucionado esos objetos, discursos y prácticas en cada una de sus actualizaciones. Por tanto, el análisis carece de toda intención de globalización o de centralización, aunque está muy enfocado en describir aquellos nudos que parecen afectar de forma más directa a otros situados en el mismo espacio-problema, así como en analizar la forma en que algunos de ellos han devenido en ensamblajes muy complejos en los que convergen diferentes vectores, y que posiblemente difieren de las codificaciones y axiomatizaciones previstas inicialmente por potentes maquinarias. En consecuencia, he decidido mantener la descripción de estas convergencias y desviaciones como el núcleo de mi trabajo. En mis conclusiones analizo algunas de las principales consecuencias de esta descripción en cuestiones políticas y teóricas más amplias sobre la modernidad, como pueden ser las responsabilidades del Estado moderno hacia sus propios ciudadanos en el contexto de los ensamblajes contemporáneos (Sassen 2006).

He dividido la estructura del libro en cinco capítulos y un apartado final con mis conclusiones. Cada uno de los capítulos se centra en diferentes problemas, interlocutores, escalas espaciotemporales y materias de investigación. Aunque algunos describen el fenómeno de los desplazados internos como un problema general de ámbito mundial, otros están mucho más centrados en el caso colombiano. Todos ellos están conectados por medio de la cuestión que dio origen a mi investigación, que analiza el origen de los desplazados internos y la CPSJA. Cada capítulo ha sido pensado para describir un lugar o segmento clave en los que concurren, se acumulan y se ensamblan diferentes vectores para crear las condiciones que hicieron posible el surgimiento simultáneo de los desplazados internos y la CPSJA en los años noventa. Aunque algunos capítulos contienen algún tipo de informe etnográfico, otros incluyen más "evidencias" procedentes de mi investigación de archivo. Si bien la CPSJA figura oficialmente sólo en el último capítulo, algunos de los vectores que contribuyeron a su ensamblaje en los años noventa están descritos brevemente en los capítulos anteriores. He utilizado diversos métodos para comprender las historias y las fricciones de cada lugar y elaborar una descripción estratificada y matizada con el objetivo de confirmar que "las cosas" podían haber sucedido de otra forma pero no fue así: siguieron unas trayectorias determinadas y no otras.

El capítulo 1, que lleva por título "Del 'extraño que sufre' a los desplazados internos: el nacimiento de una nueva problemática", está dedicado a describir el surgimiento, a mediados de la década de 1990, del problema de los desplazados internos como cuestión preocupante para instituciones, Gobiernos, organizaciones y comunidades de expertos de todo el mundo. En este capítulo realizo una investigación histórica de las condiciones que dieron origen al fenómeno de los desplazados internos y la actualización de este problema a escala mundial, relacionando esta información con un conjunto de acontecimientos fundamentales

para su aparición no sólo como objeto de conocimiento sino también como de intervención. Comienzo a partir de la evidente aunque interesante problemática e inquietud generada por el "extraño que sufre" (Bornstein y Redfield 2008), un "significante flotante" presente en todo el libro, que se llena con diferentes contenidos dependiendo de las circunstancias de cada momento (Laclau y Mouffe 1985): puede hacer referencia a las víctimas de la violencia política; de los terremotos, de las persecuciones de los Estados, del hambre o la pobreza, según cada contexto específico. En este capítulo concreto me interesa describir de qué forma esta imagen quedó asociada y vinculada a los desplazados internos, junto con toda la tecnología utilizada para orientar nuestras acciones y conocimientos hacia esta población. Asimismo explico la compleja convergencia de las diferentes genealogías del legado de los derechos humanos, el humanitarismo y los refugiados en este "nuevo" objeto de preocupación. En realidad, algunas de las razones por las que las personas tuvieron que huir hacia las ciudades durante los años noventa han estado presentes en la larga historia de Colombia y del mundo; otras surgieron más recientemente como respuesta a la violenta disputa de determinados territorios por diversos actores para la extracción de recursos legales e ilegales articulada en torno a las economías globales. Sin embargo nunca antes, en Colombia ni en ninguna parte del mundo, se utilizó la expresión "desplazados internos" para hacer referencia a las personas obligadas a trasladarse a otro lugar dentro de su propio país.

En el capítulo 2, titulado "La década de los noventa: convergencias y emergencias en Colombia", analizo la introducción en el país en 1995 de los discursos, instituciones, conferencias y actores relacionados con esta problemática, cuál ha sido su funcionamiento mediante el análisis de documentos políticos e intervenciones institucionales y cuáles han sido sus efectos colaterales. Quiero entender cuáles eran las condiciones que posibilitaron la introducción de estos vectores analizando el contexto del momento. En particular, demuestro que su introducción coincidió con la llegada de la formación discursiva sobre derechos humanos y el fortalecimiento de las agendas de paz de diferentes actores y en diferentes ámbitos. Por tanto, quiero comprender de qué forma se relacionan y se influyen mutuamente. En realidad, existe un aspecto concreto en el que las estrategias de los derechos humanos y esta nueva área de preocupación (los desplazados internos) coincidieron en el tiempo en Colombia determinando así su configuración actual¹⁰. Como pude observar a lo largo de mis entrevistas

10 Éste ha sido precisamente el propósito de estudios etnográficos recientes sobre el desarrollo y los derechos humanos que han integrado en su análisis actores legales e ilegales distintos a los que encontramos en las organizaciones internacionales y entre los que podemos mencionar a políticos nacionales, partidos políticos, grupos religiosos o diversas ONG, entre otros (Mosse 2005, Sinha 2006, Medeiros 2005, Tate 2005, Bornstein 2005, Nordstrom 2004).

con funcionarios colombianos que trabajan en organizaciones internacionales en Bogotá y en las áreas rurales, incluso los vectores procedentes de estos núcleos importantes son intervenidos por dichos funcionarios y trasladados a otros territorios diferentes. Dicho esto, quiero entender lo que el movimiento de los derechos humanos y el despliegue de este nuevo aparato, programa y tecnología están haciendo realmente en el país mediante el análisis de todas las fricciones, intervenciones y traslaciones que se producen a lo largo de la red.

En esta coyuntura, analizo también el contexto actual de Colombia, en el que parece producirse el auge simultáneo de los movimientos a favor de las víctimas y de ciertas iniciativas gubernamentales, como la elaboración de una legislación especial, la asignación de recursos, el dictado de recomendaciones por parte de la Corte Constitucional de Colombia y la creación de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) en 2005, entre otras. En el contexto de la aparente entrega de armas por los grupos paramilitares y de una serie de programas financiados por el Gobierno para ayudar a las víctimas y a los autores de los crímenes, comienzan a oírse voces procedentes de diferentes ámbitos (académico, mediático y del entorno de los propios líderes paramilitares) en relación con un escenario "posconflicto". Sin duda, esto no es nada nuevo en la historia de Colombia. Gonzalo Sánchez, uno de los más eminentes investigadores de la violencia en Colombia y quien no por casualidad dirige la unidad de Memoria Histórica del CNRR, ha analizado los numerosos armisticios y procesos de paz que ha habido en el país durante los siglos XIX y XX, decretados después de intensos períodos de violencia generalizada (Sánchez 2006). Parece como si el país hubiera repetido una y otra vez los mismos ciclos de armisticios y conversaciones de escenarios posconflicto. Sin embargo, lo que ha llamado mi atención en este nuevo contexto a través de mis encuentros con movimientos a favor de las víctimas, expertos y funcionarios, la parte principal de mi descripción, es la forma concreta en que este debate está creando todo un entorno propicio para hablar sobre los derechos de las víctimas en Colombia.

El capítulo 3, "Quítate tú pa' ponerme yo", y el capítulo 5, "La 'mejor esquina de América': etnografía sobre la protección de la 'vida'", están dedicados a describir las condiciones que hicieron posible el nacimiento del complejo ensamblaje de la CPSJA y sus posteriores actualizaciones. En el capítulo describiré la larga duración de los procesos, que se remontan al siglo XVI, relacionados con el diseño, la construcción el análisis y la incorporación de la región de Urabá a una sociedad más amplia. El geógrafo estadounidense James Parsons (1963), pionero en los estudios sobre Urabá y otras regiones del país, afirmó en la década de 1960 que posiblemente no exista otra región en Colombia sobre la que se hayan realizado más estudios y evaluaciones para valorar los beneficios potenciales que esta región "marginal" podía aportar a gran cantidad de empresas de capital riesgo nacionales e internacionales. En sus escritos comenta las condiciones de anarquía

y desorganización de la región que limitan sus posibilidades de crecimiento sostenible, haciéndose eco de las infructuosas iniciativas emprendidas a principios del siglo XX por los antioqueños para civilizar su propia región. De hecho, diversos funcionarios retirados, que en los años ochenta y hasta mediados de los noventa trabajaron en proyectos de gran alcance interrumpidos por la escalada de la violencia en la región, me transmitieron las mismas quejas. Steiner (2005), Roldán (2003), Serge (2005) y Gonzáles, Velásquez y Bolívar (2003) han querido comprender el procedimiento de construcción de la región a través de los tropos del proceso de civilización, los encuentros coloniales y el proyecto concreto de formación del Estado (o los Estados). Quiero destacar el gran aporte de estas aproximaciones, que nos transmiten de qué forma fue diseñada la región y, en consecuencia, su construcción de una forma determinada. Describo también las "geografías del terror" y la lógica que subyace tras la escalada de la violencia en la región durante la década de 1990, en la que destaca la historia reciente de los conflictos sindicales, las invasiones de tierras, las migraciones, las matanzas, los organizaciones de izquierda, los partidos políticos y la influencia de las ONG y los organismos internacionales que trabajan en la zona.

El capítulo 4 se centra, por su parte, en los proyectos de desarrollo que desde la década de 1970, y más recientemente las estrategias de paz, humanitarias y de derechos humanos, han inundado la región con prescripciones, recomendaciones, racionalidades y nuevas formas de gobernanza. Centrándome en los proyectos de desarrollo dirigidos a los campesinos de San José de Apartadó como "actores fundamentales del cambio y el empoderamiento", he analizado los informes que describen los principales problemas, dificultades y características de esta población. ¿Cuáles eran los objetivos principales de aquellos proyectos? ¿Cómo se ajustaron y adaptaron a las prácticas organizativas informales ya implantadas y utilizadas por los colonos campesinos que llegaron a la región durante los años setenta? ¿Cómo describen a los campesinos cuyos hijos o nietos constituyeron la CPSJA diez o veinte años más tarde? ¿Cuáles fueron sus efectos colaterales? En particular, quiero analizar de qué forma las medidas específicas aportadas por el proyecto, "que no hicieron sino reforzar lo que ya existía allí", como me dijo un antiguo funcionario, aún tienen un papel destacado en las prácticas organizativas actuales de la CPSJA. En este capítulo también explico que la región de Urabá, como muchas otras del país (entre ellas Barrancabermeja, Arauca y Santander o la región caribeña de Montes de María), ha sido objetivo desde los años noventa de estrategias y proyectos humanitarios y de derechos humanos que llegaron a estas zonas con sus jeeps y camisetas blancas. Lo que "hacen allí" es el objetivo principal de mi estudio etnográfico de estas operaciones, que se han convertido en nudos principales de complejos ensamblajes como la CPSJA.

En el capítulo 5, al que he titulado "El ensamblaje de la CPSJA", describo el contexto en el que nació esta comunidad de paz como respuesta a la escalada

de violencia en la región. Explico la compleja concentración en este nudo de gran cantidad de vectores, entre los que puedo citar la sagrada distinción entre combatientes y no combatientes, su articulación con la Corte Interamericana de Derechos Humanos, así como la existencia de placas solares, camisetas blancas y carteles relacionados con el activismo a favor de los derechos humanos. Mi estudio cartográfico refleja cómo está constituida la CPSJA y cómo se afirma a través de prácticas cotidianas como la consolidación y organización de más de setenta grupos de trabajo dedicados a la producción de alimentos y al cultivo orgánico de banano y cacao destinados a los canales del comercio justo de productos orgánicos. En este capítulo es especialmente importante el análisis de las propias "economías comunitarias" (Gibson-Graham 2005), que han constituido la principal estrategia y el pilar de sostenimiento de la CPSJA a lo largo de los años. Sin embargo, también me centro en las peregrinaciones, en los cantos y en los monumentos conmemorativos que recuerdan a quienes han sido asesinados en los últimos años. Retomo el análisis dinámico de Leach (1976) sobre las tierras altas de Myanmar (antigua Birmania) para sostener que estas mismas acciones, como los "días comunitarios" o los talleres sobre la memoria impartidos a los niños de la escuela primaria, pueden considerarse como rituales que "recrean" una sociedad "ideal" y que por un momento hacen explícito lo que de otra forma es una ficción material y muy poderosa, que es vivida y experimentada de formas diversas por sus miembros. Aquí introduzco también una narración que ilustra la forma en que se llevan a cabo estas actuaciones en la vida diaria de los habitantes y sus acompañantes.

En mis conclusiones finalizo mi narración explicando cómo nos informan estos ensamblajes no sólo de las racionalidades que subyacen tras las estrategias diseñadas por las organizaciones nacionales e internacionales para proteger y aliviar al sujeto "humano" llevado al límite, sino también de la forma en que la CPSJA interactúa con estas mismas estrategias de diversas maneras, trastocando así nuestros conceptos convencionales de soberanía, derechos humanos y humanitarismo. Mi conclusión se enmarca en el debate teórico más amplio sobre la diferencia y la alteridad, según el cual estas estrategias pueden ser *provincializadas* mostrando su respuesta a determinadas "provincias culturales" que incorporan respuestas concretas a la pregunta de qué es ser humano en los tiempos actuales (Chakrabarty 2000, Foucault 1970). Al mismo tiempo, quiero centrarme en demostrar que las diferentes prácticas que surgen como respuesta a la escalada de la violencia en sus territorios son también prácticas "culturales" determinadas por combinaciones muy complejas de significados, experiencias y movimientos a través de diferentes escalas y nudos a lo largo del mismo espacio-problema. Por lo tanto, quiero analizar, o incluso cuestionar, lo que hoy en día conocemos como sistema de gobierno "humanitario" y de "derechos humanos" cuando se pone en práctica y vemos cómo se actualiza en diferentes nudos. ¿Se

analizan los diagnósticos, preocupaciones, deseos y racionalidades a través de todo el espacio-problema o están expuestos a las nuevas contingencias que surgen en cada momento, hasta el punto de que quizá lo que conocemos con el mismo nombre son en realidad múltiples y variables diferencias y actualizaciones? ¿Qué es lo más importante en esta pregunta? ¿Cuáles son las consecuencias de conocer la definición actual o saber qué es ser humano en la coyuntura actual? Para tratar de explicarlo, introduciré el concepto de *régimen poshumanitario* y *posderechos humanos* como posibilidad temporal sobre la que reflexionar, pero también para recoger la multitud de diferencias que fluyen en cada nudo en cada momento. La idea general que presento en este libro es que algunos de los vectores que analizaré están sin duda firmemente afianzados con el fin de determinar trayectorias concretas. Otros probablemente serán intervenidos y desviados interminablemente hasta el punto de que no podremos estar totalmente seguros de "lo que sucede con ellos". Quizá, mediante el concepto de *régimen poshumanitario* y *posderechos humanos* estoy poniendo de manifiesto la incapacidad de nuestro esquema de categorías para diagnosticar y hacer un seguimiento de este complejo movimiento en todas direcciones y, al mismo tiempo, su reconfiguración en formas imprevisibles.

1

Del "extraño que sufre" a los desplazados internos: el nacimiento de una nueva problemática

La tragedia humana de los desplazados internos, que afecta a entre 20 y 25 millones de personas, es una de las más importantes de nuestro tiempo

Kofi Annan, *Masses in Flight* (1998: 2)

A MEDIADOS DE la década de 1990, como muchos de los habitantes de Bogotá, la capital de Colombia, pude observar en las esquinas de las calles de la ciudad a muchas personas que pedían dinero a los transeúntes. Algunas de ellas eran afrocolombianas y otras indígenas pero, en general, se trataba de campesinos procedentes de las zonas rurales del país. Como en muchas ciudades importantes de los países del "tercer mundo", es habitual ver a personas solas o acompañadas de toda su familia pidiendo dinero en las calles. Sin embargo, aquellas no sólo pedían dinero; también portaban carteles en los que habían escrito frases pidiendo ayuda y a los que habían pegado las fotocopias de unos documentos que guardaban en carpetas de papel: su documentación, certificados oficiales, escritos enviados a las instituciones solicitando sus derechos en materia de educación, sanidad y vivienda en Bogotá y, en muchas ocasiones, su carta de salud. Esos documentos no sólo los identificaban como personas pobres que pedían ayuda, sino también como "desplazados internos".

En este capítulo analizo el nacimiento de esta nueva categoría de personas, los desplazados internos. Siguiendo a Rabinow (1986: 241), quiero analizar la configuración del conocimiento que hizo posible el nacimiento de esta categoría como nueva problemática mundial en la década de 1990, "mostrando las

